

PRESCOTT

LA CONQUISTA DEL PERÚ

B · I · B · L · I · O · T · E · C · A · B · I · L · I · K · E · N



LA CONQUISTA DEL PERU

ESTE LIBRO

UN puñado de valientes, que no llegaban a doscientos, conquistaron un mundo maravilloso, perdido entre las montañas y valles andinos, rodeado de bosques y cuyas costas rompían en espuma las olas del Océano Pacífico.

Millones de indígenas quedaron como fascinados en presencia de las armas de fuego, de animales tan desconocidos como los caballos cuya separación del jinete no percibían y del valor indomable de los soldados de Pizarro, portadores de una nueva religión y animados del espíritu heroico.

Atahualpa, el orgulloso monarca sobre cuya frente caía la borla morada de los Incas, fué apresado en medio de sus guerreros en un abrir y cerrar de ojos. De todas las regiones del imperio arribaron cargamentos de oro y plata para llenar una habitación hasta la altura que prometió el príncipe por su rescate. Pero nada lo salvó de la muerte. La expansión de las armas españolas no se detenía ante ningún obstáculo. Pizarro supo hacer prevalecer su voluntad de conquista a su corazón de hombre.

En este libro encantador, que no contiene una línea que no sea real, palpita el espíritu de una de las hazañas más grandes de la especie humana sobre la tierra.

24 1.80

BIBLIOTECA BILLIKEN
COLECCION AZUL

GUILLERMO PRESCOTT

LA CONQUISTA DEL PERÚ

Versión abreviada

por

Alfredo Monte

ILUSTRACIONES DE
VALDIVIA

L.V.
William Hickling 1796-1859

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

1204

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados

HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY

Se acabó de imprimir el día 30 de septiembre de 1940

TALLERES DE LA EDITORIAL ATLANTIDA

Azopardo 579 - Buenos Aires

GUILLERMO PRESCOTT

EL gran historiador norteamericano Guillermo Prescott nació en 1796 y consagró su existencia al estudio del período heroico del imperio español. Sus tres obras principales — Historia de la conquista de Méjico, Historia de la conquista del Perú e Historia de los Reyes Católicos — han sido traducidas a varios idiomas y difundidas en decenas de miles de ejemplares.

Prescott se documentaba al detalle antes de entregarse a la elaboración de sus libros. Su estilo sencillo, claro y lleno de colorido da a éstos un atractivo tan intenso que resulta difícil abandonarlos una vez comenzada la lectura.

Para escribir la Historia de la conquista del

Perú se valió de numerosos documentos que mandó recoger de los archivos españoles. Cuando ya se disponía a comenzar su trabajo, tuvo la desgracia de quedar casi ciego y, por momentos, ciego del todo. Pero quien describió con mano maestra las vidas hazañosas de Hernán Cortés y Francisco Pizarro, no podía retroceder ante ese impedimento físico. Valiéndose de secretarios y de esos aparatos que emplean los ciegos para trasladar su pensamiento al papel, fué con heroica paciencia produciendo página tras página de su extraordinario libro.

La versión que hoy presentamos al lector corresponde a la etapa más importante de la historia de la conquista del vasto imperio incaico. Comprende desde los primeros pasos que se dan preparando la empresa, hasta la muerte del último de los Incas, el cruel Atahualpa. Hemos ajustado el lenguaje a fin de hacerlo más accesible al joven lector y resumido el conjunto sin dejar de lado ningún hecho o aspecto fundamental.

I

FRANCISCO PIZARRO

A los oídos de los españoles establecidos en Panamá y sus alrededores llegaban noticias de la existencia de un imperio tan rico o más que el de los aztecas, que ya había sido conquistado por Hernán Cortés. Pero si bien se lo ubicaba en el sur, su posición exacta era sólo objeto de conjeturas. La gran región intermedia ocupada por indios belicosos y la escasa experiencia de los marinos españoles ante mares desconocidos, dificultaban la conquista de ese imperio, haciendo retroceder a los corazones más intrépidos.

La pequeña ciudad de Panamá fué durante algunos años el centro de las discusiones y de los proyectos, a menudo fantásticos, que alentaban

numerosos aventureros acerca de la organización de una empresa destinada a apoderarse del Perú incaico. El deseo ardiente de hacer nuevos descubrimientos era estimulado en ellos por las deslumbrantes riquezas que se habían obtenido con tanta facilidad en Méjico.

Así se explica que en el año 1524 tres hombres, en quienes el espíritu de aventura se sobrepuso a todas las dificultades y peligros, se pusieran de acuerdo para llevar adelante una empresa que figura entre las más heroicas empresas humanas. Uno de esos tres hombres se destacó por su carácter y aptitudes. Era Francisco Pizarro, que ocupó en la conquista del Perú el mismo puesto eminente que Hernán Cortés en la conquista de Méjico.

Francisco Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Extremadura, en España. La fecha de su nacimiento es desconocida, aunque se cree que fué en el año 1471. Su padre, Gonzalo Pizarro, era coronel de infantería y sirvió con alguna distinción en las campañas italianas bajo las órdenes del Gran Capitán. Su madre, Francisca González, era de humilde condición.

Poco se sabe de los primeros años de nuestro

héroe y, aún lo poco, es inseguro. Según algunos, sus padres lo abandonaron, dejándolo como expósito a la puerta de una de las iglesias principales de Trujillo. Añade la leyenda que hubiese muerto a no haberle dado de mamar una puerca, nodriza más improbable que la loba que amamantó a Rómulo y Reno, fundadores de Roma. La historia de los primeros años de los hombres que luego se han hecho famosos ofrece siempre un campo fértil a la inventiva.

Es indudable, sin embargo, que el joven Pizarro fué poco atendido por sus padres y que su educación quedó confiada a la naturaleza. No se le enseñó a leer y escribir; su principal ocupación fué la de porquerizo o cuidador de cerdos. A medida que Pizarro creció en años, su carácter ardiente se revelaba contra ese género de vida. Las noticias que llegaban a España del Nuevo Mundo seducían a la juventud y eran el tema obligado de las conversaciones. No es raro por eso que se sintiera contagiado por el entusiasmo popular y aprovechara el momento oportuno para abandonar su empleo y escaparse a Sevilla, puerto en que se embarcaban los aventureros españoles para ir a buscar fortuna en las Indias Occidentales, o sea

América. Pizarro lo hizo, sin duda, con el corazón alegre y sin ningún pesar por alejarse del cuidado de sus cerdos.

Se ignora el año en que ocurrió este importante suceso de su vida. Se oye hablar por primera vez de él en el Nuevo Mundo a raíz de haber sentado plaza en 1510 en la expedición organizada en la isla Española con destino a Uraba en Tierra Firme, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, varón cuyo carácter y hazañas son dignos de las páginas inmortales de Cervantes. Hernán Cortés, cuya madre se apellidaba también Pizarro y era, según se dice, parienta del padre de Francisco, estaba entonces en Santo Domingo y se disponía a marchar con la expedición de Ojeda, lo que no pudo hacer por haberse lastimado ligeramente un pie. Si hubiese ido, la caída del imperio azteca, su obra magna, se hubiese retardado por algún tiempo y quizás el cetro de Moctezuma se hubiese transmitido pacíficamente a la posteridad.

Pizarro compartió con sus compañeros las desgracias que sufrió la colonia de Ojeda, y su discreción inspiró tal confianza a su jefe, que le confió el mando del establecimiento, cuando tuvo que regresar en busca de provisiones. En ese puesto

peligroso se mantuvo por espacio de unos dos meses, hasta que la muerte disminuyó el número de hombres de la colonia y resultó posible embarcar a los pocos que quedaban en el único buquecillo que poseían.

Con posterioridad, vuelve a aparecer Pizarro asociado a Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del océano Pacífico, y cooperando con él en la fundación de la colonia de Darien. Tuvo la gloria de acompañar a este intrépido español en su terrible marcha a través de las montañas y de ser uno de los primeros europeos cuyos ojos contemplaron las aguas azules del tan anhelado mar del Sur.

Muerto prematuramente Balboa, Pizarro se adhirió al gobernador Pedrarias, quien lo ocupó en varias expediciones militares que, si bien no le producían grandes ganancias, lo acostumbraban a las privaciones y peligros que había de afrontar más adelante como conquistador del Perú.

En el año 1515 se le encomendó, con otro militar llamado Morales, la misión de cruzar el istmo de Panamá y comerciar con los indios de las playas del Pacífico. Allí, mientras se afanaba en recoger su botín de oro y perlas, su mirada se extendía a lo largo de la costa hasta perderse en el

horizonte y su imaginación se inflamaba al concebir la posibilidad de descubrir y conquistar las misteriosas regiones ocultas tras la inmensa mole de las montañas. Su nombre se hizo célebre en más de una arriesgada expedición en que había que luchar a brazo partido con tribus que defendían palmo a palmo su territorio. Pero por gloriosas que fuesen esas hazañas, poco oro le producían. Al cumplir cincuenta años el capitán Pizarro sólo poseía un lote de tierra malsana y un repartimiento de indios como premio a sus servicios militares. El Nuevo Mundo era una lotería en que eran tan escasos los premios grandes que casi todas las probabilidades estaban contra el jugador, a pesar de estar dispuesto a arriesgar su salud, su fortuna y hasta su vida.

Tal era la situación de Francisco Pizarro en 1522, cuando Andagoya regresó de su expedición incompleta al sur de Panamá, trayendo noticias, mucho más amplias que las conocidas hasta entonces, de la opulencia y grandeza de las regiones situadas al sur, a las que denominaba el "Birú". Los padecimientos y las dificultades que habían debido sufrir los expedicionarios retraían, sin embargo, a los españoles más animosos y les

quitaban todo deseo de imitarlos. Pizarro, carente de recursos, no tenía la más remota esperanza de realizar sus viejos sueños. Pero, inesperadamente, encontró el auxilio que necesitaba en dos españoles, cuyo papel en los acontecimientos posteriores es tan importante que no podemos dejar de referirnos particularmente a cada uno de ellos. Se llamaban Diego de Almagro y Hernando de Luque.

El primero era un soldado de fortuna, probablemente de más edad que Pizarro, nacido en Almagro, Castilla la Nueva, según se deduce de su nombre. Poco se sabe de su origen y primeros años, porque era uno de aquellos seres a quienes la fermentación de las épocas turbulentas levantan de golpe a la superficie, haciéndolos menos dichosos quizás de lo que hubiesen sido de permanecer siempre en la oscuridad y el anonimato. Almagro había alcanzado la reputación de soldado valiente. Poseía un carácter franco y generoso, aunque algo atropellado y violento en sus pasiones; su temperamento sanguíneo hacía que fuera fácil apaciguarlo después del primer estallido de su genio. Poseía, en resumen, todas las cualidades y los defectos del hombre honrado que no ha sido

mejorado por la disciplina de la educación o el dominio de sí mismo.

El segundo era un eclesiástico español que desempeñaba las funciones de cura en Panamá y había sido antes maestro de escuela en la catedral de Darien. Parece haber sido hombre de singular prudencia y conocimiento del mundo. Sus cualidades respetables le habían permitido ganar mucha influencia en la pequeña sociedad del Nuevo Mundo y manejar fondos. Su cooperación al buen éxito de la empresa era, por lo tanto, indispensable.

A esos tres hombres — Pizarro, Almagro y Luque — se debe la conquista del Perú. Juntos prepararon pacientemente una de las expediciones más notables de todos los tiempos.

II

PRIMERA EXPEDICION

LOS tres socios obtuvieron fácilmente el consentimiento del gobernador para llevar a cabo su empresa. Pizarro había de tomar el mando de la expedición, Almagro debía equipar y surtir de víveres los buques y Luque quedó encargado de proporcionar los fondos.

Con el dinero de Luque y el permiso del gobernador, le fué fácil a Almagro hacer los preparativos para el viaje. Compró dos buques pequeños, el mayor de los cuales había sido construído por Balboa para emprender en persona esa misma expedición. Los arregló y reparó del mejor modo posible, mientras se llenaban las bodegas de provisiones y pertrechos con pasmosa rapidez.

Las dificultades se presentaron cuando hubo que encontrar suficiente número de hombres. Era grande el temor que inspiraba un viaje al sur. Sin embargo, existían algunos ociosos que estaban dispuestos a hacer fortuna, aunque hubiese que afrontar los mayores peligros. Pudo así Almagro reunir unos cien hombres.

A mediados de noviembre de 1524 la pequeña fuerza, al mando de Pizarro, ocupaba el mayor de los barcos y levaba anclas saliendo del puerto de Panamá rumbo a lo desconocido. Almagro debía salir más tarde, apenas el buque menor estuviese listo.

No podía haberse elegido peor época para emprender el viaje. Las lluvias, los vientos contrarios y las tempestades hacían sumamente difícil y peligrosa la navegación. Pero los aventureros cerraban los ojos a todo eso.

Después de tocar las islas de las Perlas, sitio de arribada frecuente que distaba pocas leguas de Panamá, Pizarro se dirigió al golfo de San Miguel y de allí puso la proa hacia el puerto de Piñas, el último punto hasta donde habían arribado las anteriores expediciones. Doblando el puerto de Piñas, el buquecillo penetró en el río



Hambrientos y doloridos se tiraban al suelo sin fuerzas.

“Birú”, cuyo nombre mal aplicado dió origen al del Perú. Luego de navegar por ese río unas dos leguas, Pizarro mandó fondear y desembarcar a todos los soldados, dejando a los marinos a bordo, disponiéndose a explorar el interior del territorio.

Atravesando un vasto pantano, donde los soldados se cubrieron de fango, llegaron a un bosque tan espeso y enredado que debían abrirse paso con mucha dificultad y entraron después en una región montañosa, áspera y cubierta de piedras, que les cortaban los pies hasta el hueso. Los soldados fatigados, conduciendo la carga de la pesada malla o del justillo de algodón entretelado, apenas podían arrastrar un pie tras otro. El calor era insoportable. Hambrientos, doloridos y debilitados, se tiraban al suelo sin fuerzas. Tal fué el principio de la expedición al Perú.

Pizarro, empero, no se descorazonaba. Con palabras ardientes procuraba reanimar a sus soldados, recordándoles que les esperaba oro en abundancia, como premio a tantas fatigas y dolores. Pero resultaba fácil darse cuenta que nada podía esperarse de esa triste y desoladora región. Regresaron entonces al buque y lo dejaron deslizarse

a merced de la corriente, rumbo al sur, por el gran océano.

Unas leguas más adelante, Pizarro ordenó echar el ancla y desembarcar en un paraje nada halagüeño, donde se proveyeron de leña y agua dulce, y siguieron en seguida el viaje. Pero el mar comenzó a enfurecerse. Truenos espantosos y torrentes de lluvia se unían a enormes y espumosas olas que parecían montañas. El buquecillo era un juguete que se mecía de un lado para otro y se llenaba de agua. Durante diez días la vida de los expedicionarios estuvo pendiente de un hilo. Para colmo de desgracias, comenzaron a escasear las provisiones, especialmente el agua dulce. No les quedaba un gramo de carne y debían reducir su alimentación a dos choclos diarios por hombre.

Combatidos a la vez por el hambre y los elementos, los desgraciados viajeros resolvieron regresar al lugar donde habían anclado antes para recoger leña y agua dulce. Era un terreno bajo y pantanoso, tras el cual se extendían espesísimos e interminables bosques. En vano trataron los fatigados expedicionarios de recorrer los senderos de ese complicado laberinto; las enredaderas y las

lianas se envolvían en los gruesos troncos de los árboles y formaban un tejido tan tupido que sólo a hachazos era posible abrirse camino. La lluvia caía sin cesar y el suelo, cubierto de hojas, parecía resbalar bajo los pies. No se veían pájaros ni animales por ningún lado. El aire estaba saturado de emanaciones pestilentes que lo hacían poco menos que irrespirable. Reinaba el silencio en el corazón de esas tristes soledades y sólo lo interrumpía el ruido monótono de la lluvia al golpear las hojas o los pasos vacilantes de los desconsolados viajeros.

Comprendieron entonces que nada habían ganado con descender a tierra y que, fuera de unas frutas desagradables, nada era lo que podían encontrar para mitigar siquiera el hambre. No sabían qué hacer: si volver al mar o permanecer en tierra. Acusaban a Pizarro como causante de sus desdichas y de haberlos engañado con la promesa de una tierra encantada que huía a medida que avanzaban. Le pedían regresar a Panamá, para evitar una muerte que creían segura.

Pero Pizarro estaba dispuesto a combatir males y desgracias aún mayores, si era necesario, antes de volver a Panamá con su crédito arrui-

nado y ser objeto de la burla general por su fracaso. Volver, equivalía a arruinarse para siempre. Empleó, pues, todos los argumentos que podía suministrarle el amor propio herido y el ansia de riquezas. Hizo ver a sus soldados que siempre el descubridor debe afrontar grandes peligros y les recordó las brillantes hazañas de otros conquistadores.

Finalmente, para poner remedio a las crecientes necesidades, resolvió enviar el buque a la isla de las Perlas, al mando de un oficial llamado Montenegro y con cincuenta tripulantes, en busca de provisiones.

En cuanto partió el buquecillo, Pizarro, trató de examinar el país y ver si podía hallar alguna población de indios en que pudiese encontrar alimentos para los cincuenta hombres que quedaban. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque no se descubría el menor rastro de habitación humana, a pesar de que el denso e impenetrable follaje de las regiones ecuatoriales podía ocultar ciudades enteras.

Día tras día, semana tras semana, fueron transcurriendo, sin recibir noticias de los que partieron y sin encontrar ningún recurso. Más de veinte de

los expedicionarios murieron, víctimas de las pestes y de las miserias. Los que sobrevivían parecían destinados a morir también en rápida sucesión.

Un día le dijeron los soldados a Pizarro que habían descubierto, entre la espesura del bosque, una abertura. Así era en efecto. Con indescriptible alegría vieron por esa abertura un pueblecito. Cuando se acercaron, los tímidos indios, que jamás habían visto hombres civilizados, huyeron espantados de sus chozas y entonces los hambrientos españoles se apoderaron de todo lo que encontraron, especialmente maíz y cocos.

Poco a poco los indios, al ver que los españoles no les hacían daño, se fueron acercando y les preguntaron por qué no se quedaban en su país y cultivaban sus tierras. Es muy probable que Pizarro y sus compañeros pensasen que hubieran hecho muy bien en observar la conducta que les aconsejaban los indios. Pero éstos llevaban en sus personas adornos de oro. Estos adornos era la mejor contestación a la pregunta. El amor al oro era lo que había impulsado al aventurero español a abandonar su hermosa patria para luchar con los peligros del desierto.

Los indios confirmaron las noticias sobre la

existencia de un rico y poderoso imperio que se hallaba situado más al sur. Agregaron que a diez días de distancia, del otro lado de las montañas, reinaba un monarca poderoso, cuyos dominios habían sido invadidos por otro más poderoso todavía, que era hijo del Sol. Aludían, posiblemente, a la invasión de Quito por el valiente Inca Huayna Capac, que ocurrió pocos años antes de la expedición de Pizarro.

Al cabo de seis semanas, regresó el buquecillo con Montenegro y sus hombres. Traían abundantes provisiones que restablecieron la quebrantada salud de los que habían quedado.

Volvieron entonces todos a bordo y se dispusieron a partir de nuevo. Antes Pizarro resolvió ponerle un nombre al lugar que abandonaban, donde tanto habían padecido. Lo llamó "Puerto del Hambre".

Navegaron durante muchos días muy cerca de la costa. No se atrevían a salir a alta mar por miedo a ser arrastrados quién sabe dónde. Llegaron así a un sitio abierto sobre el cual se percibía a lo lejos otro pueblecillo. Desembarcó Pizarro con algunos hombres y los indios al verlos huyeron des-pavoridos. En sus chozas encontraron los españo-

les maíz y otros alimentos, y lo que era para ellos mucho más importante, groseros adornos de oro de mucho valor. Pero hubo algo que los hizo retroceder horrorizados: entre los alimentos que se estaban preparando en el fuego había carne humana. Los españoles, creyendo que se hallaban ante una tribu de caníbales, salieron a la carrera y se embarcaron nuevamente, alejándose con rapidez de aquella peligrosa tierra.

Una furiosa tormenta sacudió otra vez el buquecillo. Cuando el buen tiempo volvió, trayendo la tranquilidad a sus espíritus, se hallaron frente a una extensa faja de tierra cubierta de unos árboles llamados nopales, a la que Pizarro dió el nombre de "Punta Quemada". Viendo calles abiertas en medio de la arboleda, se dieron cuenta que allí debían vivir muchos indios. Entonces Pizarro, acompañado por la mayor parte de sus hombres, resolvió desembarcar.

Después de haber caminado una legua, llegaron a una ciudad de indios, la más grande que habían encontrado hasta ese momento, que estaba defendida por medio de estacas. Como los habitantes, según su costumbre, habían huído, los españoles resolvieron descansar un tiempo allí. Mien-

tras organizaban la defensa de su nueva posesión, previendo un ataque de los indios, resolvieron mandar el buquecillo de vuelta a Panamá para que lo reparasen y trajera mayores socorros.

Poco antes Montenegro y un pequeño destacamento salió a recorrer el interior del territorio. Los indios habían abandonado sus casas para poner a sus mujeres e hijos en lugar seguro, pero cuando vieron divididos en dos grupos a las fuerzas de los españoles, resolvieron caer sobre ellos para destruirlas. Primero atacaron a Montenegro que se había internado con sus hombres por unas colinas. Una nube de flechas y otros proyectiles cayó sobre los expedicionarios. Tres murieron y varios fueron heridos. Los que quedaron salieron rápidamente de su sorpresa y respondieron al ataque lanzando con sus ballestas piedras, porque no disponían de armas de fuego, y atacando con la espada en mano.

Los indios, al ser rechazados por el destacamento de Montenegro, se dirigieron al grupo de españoles que había quedado con Pizarro en sus casas. De repente cayó sobre éstos una lluvia de dardos y flechas que hirió y mató a varios hombres. Pero Pizarro, soldado acostumbrado a esas luchas,

resolvió no quedarse encerrado, sino atacar. En cuanto los españoles salieron como un torrente, llevando a la cabeza a su intrépido capitán, los indios retrocedieron, aunque en seguida se repusieron. Todas sus flechas se dirigían a Pizarro, en quien por su atrevimiento y aire de autoridad reconocían al jefe, logrando producirle nada menos que siete heridas.

Pizarro se defendía con su espada y su escudo. Pero la violencia del ataque era tan grande que se veía obligado a ir retrocediendo por el declive de la colina, hasta que resbaló y cayó al suelo. Los indios dieron alaridos feroces de triunfo y los más audaces se acercaron a Pizarro para matarlo. Pero éste se puso de pie de un salto, mató a dos indios con su mano vigorosa y mantuvo a los demás a respetuosa distancia hasta que sus soldados acudieron a defenderlo. Asombrados los indios ante el valor extraordinario del guerrero español comenzaron a vacilar y retroceder. En ese momento llegó Montenegro que los atacó por la retaguardia y los puso en completa dispersión. El campo quedó cubierto de cadáveres de ambos bandos.

Pizarro resolvió reunir un consejo de guerra. Era la primera vez que los españoles encontraban

resistencia de parte de los indios. Había que colocar a los heridos en un sitio seguro para curarlos. No era conveniente ir más adelante, dado el mal estado del buquecillo. Resolvieron entonces regresar y dar parte al gobernador de lo ocurrido. Pizarro estaba en parte satisfecho porque su aventura, aunque no se habían realizado sus propósitos, demostraba que era real la existencia de un imperio poderoso y rico más al sur.

De regreso, desembarcó con la mayor parte de su gente en Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, a poca distancia del oeste de Panamá. Desde allí despachó a su tesorero Nicolás de Rivera con todo el oro que habían recogido y con un informe detallado y completo de los descubrimientos para el gobernador.

Mientras sucedían las cosas que acabamos de relatar, Almagro, el socio de Pizarro, logró con la ayuda de Luque, el otro socio, equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de sesenta o setenta aventureros, de la más pobre clase social, con los cuales se hizo a la mar. Pizarro había ido haciendo en la corteza de los árboles una señal que Almagro fué encontrando y le permitió seguir su misma ruta. Pudo así pasar por Puerto de Pi-

ñas, Puerto del Hambre, Pueblo Quemado, tocando sucesivamente los mismos puntos que sus compatriotas, aunque en mucho menos tiempo. En el último punto citado, los indios lo asaltaron, como lo habían hecho antes con Pizarro. Almagro, arma en mano, tomó por asalto el pueblo, pero con tan mala suerte que fué herido por un dardo en la cabeza, se le inflamó un ojo y, después de grandes padecimientos, lo perdió por completo. A pesar de ello, el intrépido aventurero no vaciló en seguir viaje, hasta llegar a la desembocadura del río San Juan. La hermosura del río y los cultivos de sus orillas, así como las numerosas chozas de indios, le demostraron que a medida que se internaban hacia el sur se elevaba el grado de civilización de los habitantes.

Pero, preocupado muy seriamente por la suerte de Pizarro, resolvió finalmente regresar. En las islas de las Perlas se enteró que su socio estaba de regreso, y en Chicamá los dos amigos se estrecharon en un fuerte abrazo, después de tantos meses de aventuras y penurias. Almagro traía más oro que Pizarro y tenía el convencimiento seguro de la existencia de un imperio opulento en el sur. Mucho se fortaleció la confianza de ambos con es-

tos dos viajes. Se juraron mutuamente morir antes que abandonar la empresa.

Con la ayuda de Luque siempre, y esperanzados en el apoyo del gobernador, se dedicaron con redoblado entusiasmo y energías a preparar una nueva expedición.

III

UN CONTRATO FAMOSO

LUQUE comprendió, como sus dos socios, que si bien la expedición no les había procurado grandes riquezas, sus resultados no podían ser más satisfactorios, puesto que probó la existencia de un imperio opulento en las tierras del sur.

No pensaba lo mismo el gobernador Pedrarías. Se negó a creer en las promesas magníficas que le hacían y pidió secamente cuenta de las vidas sacrificadas por lo que él llamaba la obstinación de Pizarro. Finalmente, gracias a los esfuerzos de ese sagaz eclesiástico que era Fernando de Luque, se resolvió a dar el permiso para una nueva expedición, pero otorgando a Almagro igual mando que a Pizarro. Este último se sintió entonces profun-

damente mortificado. Sospechó que Almagro había solicitado ese puesto privilegiado al gobernador. Se produjo una gran frialdad entre ellos, que desapareció, a lo menos aparentemente, al reflexionar Pizarro sobre las conveniencias de aceptar que el mando fuese compartido antes por un amigo que por un extraño. Pero quedaron latentes los gérmenes de una gran desconfianza, los que traerían más adelante muchas discordias.

Pedrarías, hombre sumamente interesado, pretendía quedarse con una parte importante de las ganancias de la empresa, sin haber aportado un sólo centavo en los gastos. Luego de algunas discusiones, se llegó a convencerlo de que se conformase con mil pesos oro en pago de su consentimiento, renunciando a cualquier otro derecho. ¡Por tan insignificante suma abandonó su parte del rico despojo de los Incas!

Al año siguiente, Pedrarías fué reemplazado en el cargo de gobernador por don Pedro de los Ríos, quien allanó todas las dificultades y los tres socios pudieron dedicarse íntegramente a hacer los preparativos de la segunda expedición.

Su primer paso consistió en la firma de un contrato memorable que sirvió de base a sus ac-

tuaciones futuras. El documento, después de invocar de la manera más solemne los nombres de la Santísima Trinidad y de la Virgen, declara que como los socios tenían plenos poderes para descubrir y someter los países y provincias situados al sur, pertenecientes al imperio del Perú, y como Fernando de Luque había adelantado los fondos para la empresa en barras de oro hasta la suma de veinte mil pesos, se comprometían mutuamente a dividir por partes iguales entre sí todo el territorio que conquistaran. Le correspondía, pues, a cada uno la tercera parte de los tesoros, oro, plata, piedras preciosas, indios, tierras, rentas, etc., que encontraran, y ese derecho se trasmitía a sus herederos o representantes.

Pizarro y Almagro, los dos capitanes de la expedición, se comprometían solemnemente a consagrarse de una manera exclusiva a dicha empresa hasta llevarla a buen fin y, en caso de fracasar, reembolsarían a Luque su dinero, para lo cual empeñaban todos sus bienes.

Los capitanes Pizarro y Almagro juraron en nombre de Dios y de los Santos Evangelios ejecutar lo que prometían. Para dar mayor fuerza al contrato, el padre Luque administró la comunión

a los contratantes, dividiendo una hostia en tres partes, una para cada uno, mientras los espectadores se enternecían y lloraban al ver el sacrificio de esos valientes en pro de una causa que parecía locura.

El contrato se firmó el 10 de marzo de 1526. Como solamente Luque sabía escribir, Pizarro y Almagro debieron ser reemplazados por dos ciudadanos respetables que estamparon la firma en su nombre. Tal fué el singular contrato por el que tres individuos oscuros se repartieron tranquilamente entre sí un imperio, de cuya extensión, poder y recursos, de cuya posición y existencia misma no tenían exacto conocimiento. La manera segura con que hablaban de la magnitud del imperio y de su abundante riqueza, cosas tan exactas, como se probó después, contrastaban con el descreimiento general y con la indiferencia que casi todas las personas manifestaban en Panamá.

Habiendo completado las disposiciones preliminares, los tres socios no perdieron tiempo en hacer los preparativos para el viaje. Compraron, ante todo, dos buques mayores y de mejor calidad que los utilizados en la primera expedición. Reunieron grandes cantidades de provisiones y pre-

gonaron públicamente una "expedición al Perú" para que acudiesen a enrolarse cuantos quisieran tomar parte en ella. Pero los descreídos habitantes de Panamá no tenían mucha prisa en hacerlo. De cerca de doscientos hombres que habían ido a la primera expedición, apenas quedaban las dos terceras partes. La terrible mortandad y el aspecto miserable y enfermizo de los sobrevivientes hablaban con elocuencia de los peligros del viaje.

A pesar de ello, había en Panamá hombres colocados en situación tan desesperada que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para salir de ella. Hasta los que habían formado parte de la expedición anterior se dispusieron a emprenderla otra vez, porque entrevían la luz de un porvenir brillante y estaban convencidos como sus jefes de la existencia de tan anhelado imperio. Con estos hombres, lograron Pizarro y Almagro reunir unos ciento sesenta soldados y marinos, lo que representaba una fuerza muy pequeña para la conquista del Perú. También compraron caballos, municiones y pertrechos militares en mayor cantidad y mejores que los de la expedición anterior.

Una vez alistados, los dos capitanes, cada cual en su buque, volvieron a salir de Panamá, dirigi-

dos por Bartolomé Ruiz, piloto muy hábil y resuelto, que tenía gran experiencia en la navegación por el Pacífico. Se dirigieron directamente hacia el río San Juan, el último puerto que tocó anteriormente Almagro. La estación había sido ahora bien elegida y los vientos eran favorables en extremo. En pocos días pudieron llegar al lugar de destino. Entrando por la desembocadura del río, vieron que sus orillas estaban cubiertas de habitaciones de indios. Pizarro desembarcó con algunos soldados y logró sorprender a un pueblo, llevándose un considerable botín de adornos de oro, así como a algunos de esos naturales.

Entusiasmados con el buen éxito, los dos jefes calcularon que al contemplar los ricos tesoros adquiridos tan fácilmente, los aventureros de Panamá no resistirían el deseo de acompañarlos, y como cada día sentían más la necesidad de fuerzas mayores para poder luchar con la población del país que pensaban invadir, resolvieron que Almagro regresase con los tesoros a Panamá, mientras el piloto Ruiz con el buque que quedaba reconocía las costas del sur y recogía todas las noticias posibles, para determinar cuáles serían los próximos pasos a dar. Pizarro, con las fuerzas restantes, de-

bía permanecer cerca del río, puesto que los prisioneros indios le aseguraron que a corta distancia, en el interior, había una región cultivada, donde encontrarían todo lo necesario para vivir con comodidad. El plan se puso en obra inmediatamente. Seguiremos, primero, al intrépido piloto Bartolomé Ruiz en sus andanzas hacia el sur.

Sin alejarse mucho de la costa del gran continente, con vientos favorables que facilitaban la navegación, Ruiz y sus hombres llegaron a la pequeña isla del Gallo. Los indios, que eran numerosos, estaban preparados para recibirlos en forma hostil, porque las noticias de su llegada los habían precedido. Como el propósito de Ruiz era explorar y no conquistar, no quiso enredarse en hostilidades con los indígenas y por eso en vez de desembarcar, se dió a la vela con rumbo a una bahía que hoy se llama de San Mateo. El territorio que, a medida que avanzaban, daba indicios de un mejor cultivo y de una población cada vez más considerable, estaba cubierto en las orillas de espectadores, que parecían no tener miedo ni ser hostiles. Permanecían de pie contemplando con los ojos muy abiertos la nave de los españoles que se deslizaba suavemente cortando las aguas cristalinas

de la bahía, figurándose, según las palabras de un autor antiguo, que era un ser misterioso, lleno de otros seres humanos más pequeños, que había descendido del cielo.

El buque de Ruiz se alejó prontamente de esos sencillos naturales y entró en alta mar. No había navegado mucho, cuando sorprendió a los viajeros descubrir a lo lejos un buque que, a la distancia, semejava una gran carabela, cruzada con una vela muy grande que la arrastraba lentamente por la superficie del agua. Ruiz, a pesar de ser un antiguo marino, se llenaba de confusión al ver ese espectáculo, porque estaba seguro de que ninguna nave europea podía llegar hasta esas regiones y ninguna nación india, de las conocidas, estaba tan adelantada en el arte de la navegación. Al acercarse, vieron que se trataba de una gran embarcación, o mejor dicho de una balsa, que consistía en numerosas vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas a otras, y con un ligero piso de cañas que hacía las veces de cubierta. Los mástiles o palos gruesos, colocados en el centro del buque, sostenían una gran vela cuadrada de algodón, mientras un grosero timón y una especie de quilla hecha con una tabla colocada en-

tre maderos, facilitaba el manejo del buque, sin emplear para nada remos. La sencilla construcción era de los indígenas.

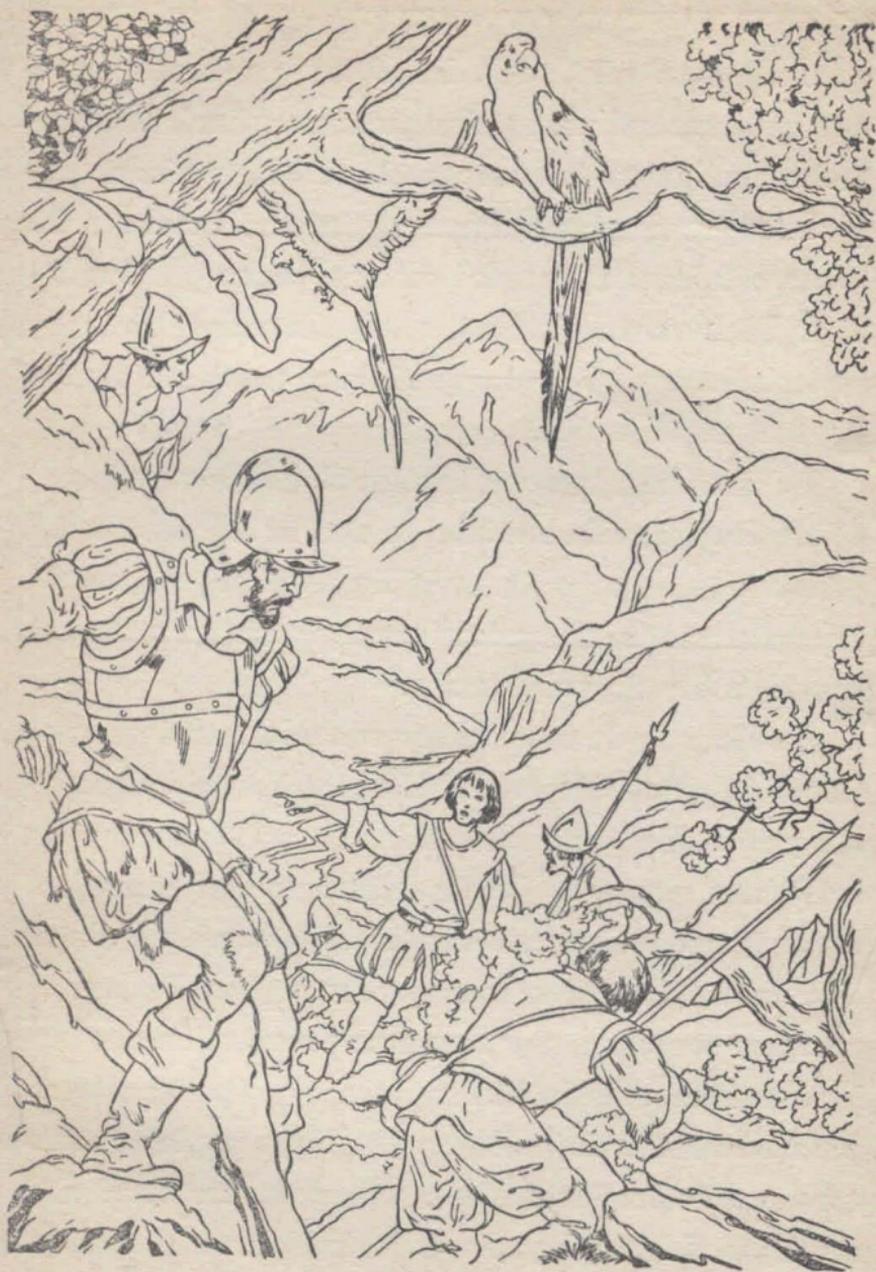
Al llegar la balsa junto al buque, Ruiz encontró en ella varios indios, hombres y mujeres, algunos engalanados con ricos adornos, y además muchos objetos de plata y oro trabajados con singular maestría, que llevaban a diferentes puntos de la costa para comerciar con ellos. Pero lo que más le llamó la atención fué el tejido de lana de que se componían sus trajes. Era un tejido muy fino, delicadamentee bordado con figuras de pájaros y flores, y teñido con colores brillantes. También vió en la embarcación una balanza para pesar los metales preciosos. Su asombro, al contemplar esas pruebas de destreza y civilización, tan superiores a cuanto habían visto en la región, creció considerablemente con las noticias que recogió de labios de los indios. Dos de ellos venían de Tumbes, puerto peruano que estaba algo más al sur, y le dieron a entender que cerca de esa localidad había grandes rebaños de los animales que producían esa lana y que el oro y la plata eran casi tan comunes como la madera en los palacios de su monarca. Los españoles escuchaban con enorme interés noticias

que tan de acuerdo estaban con sus más ardientes deseos.

Ruiz resolvió retener en su buque a algunos de esos indios, dejando en libertad el resto. Siguió después su rumbo hasta llegar a la altura de la punta de Pasado, teniendo la gloria de ser el primer europeo que navegando por el Océano Pacífico cruzó la línea equinoccial. Hasta allí llegaron sus descubrimientos. Cambió en seguida de ruta, enfilando hacia el norte, logrando después de algunas semanas de navegación, arribar al sitio en que había dejado a Pizarro y sus compañeros.

Las fuerzas de Pizarro habían debido soportar toda suerte de calamidades. A medida que fueron avanzando hacia el interior, las colinas se sucedían a las colinas, como si fueran olas de un mismo mar que iba a morir en la colosal cordillera de los Andes, cuyas nevadas cumbres se veían elevarse hasta las nubes, cubiertas de una cortina de bruñida plata que parecía unir la tierra con el cielo.

Al atravesar esas colinas, los fatigados aventureros se encontraron al borde de pricipicios de espantosa profundidad. Millares de loros remedaban con sus vivos colores las hojas de los árboles y los monos con sus gestos parecían los espíritus diabó-



A medida que fueron avanzando hacia el interior, las colinas se sucedían a las colinas.

licos de esas soledades. Las boas y los caimanes, que se arrastraban por los pantanos, hacían sumamente peligrosa la marcha. Muchos españoles perecieron en esas condiciones. Catorce hombres de Pizarro fueron apresados en una canoa por los indios. El hambre vino a hacer aún más duros sus padecimientos. Sólo le quedaban como alimentos las frutas silvestres.

En esos momentos difíciles llegó de regreso el piloto Ruiz con la noticia de sus brillantes descubrimientos, y poco después llegó Almagro con un buque cargado de provisiones y con un refuerzo considerable de voluntarios.

La llegada de los nuevos soldados, ansiosos por llevar adelante la expedición, el cambio agradable producido por las abundantes provisiones y las brillantes pinturas de las riquezas que pensaban encontrar en el sur, levantaron los ánimos abatidos de los hombres que quedaron con Pizarro.

Pero se había dejado pasar la estación favorable, que en esas latitudes dura muy pocos meses, para hacer un viaje al sur. El viento soplaba constantemente hacia el norte y una fuerte corriente, no lejos de la playa, seguía la misma dirección. Los vientos se convertían muy a menudo en tem-

pestades, y los desgraciados viajeros, ya en el mar, fueron juguetes de las olas durante varios días, en medio de las tempestades más horribles de truenos y relámpagos, hasta que por último encontraron un puerto seguro en la isla del Gallo, visitada antes por Ruiz. Como eran demasiado numerosos para temer un ataque, las tripulaciones desembarcaron y, como no experimentaron incomodidad alguna de parte de los indígenas, permanecieron en la isla dos semanas, arreglando sus buques averiados y descansando de las penalidades de la navegación. Después, emprendiendo de nuevo su viaje, se dirigieron hacia el sur hasta llegar a la bahía de San Mateo. Al recorrer la costa experimentaron el mismo asombro que antes Ruiz, viendo que el país demostraba por todas partes en su aspecto general y en el de sus habitantes pruebas de un grado más elevado de civilización.

Los pueblos eran más numerosos y cuando los españoles desembarcaron en el puerto de Tacamez pudieron ver una ciudad de más de mil casas, con calles y con una población numerosa apiñada. Los hombres y mujeres ostentaban en sus personas muchos adornos de oro y piedras preciosas, cosa que parecerá singular considerando que los

incas del Perú se reservaban el monopolio de estas piedras para sí y para los nobles a quienes se dignaban concedérselas. Pero, aunque los españoles habían alcanzado el límite del imperio incaico no era todavía el Perú lo que veían, sino Quito y aquella región recién sometida al sistema opresor de los Incas.

Encontraron también al famoso río de las Esmeraldas, llamado así por las cantidades de esas piedras preciosas que existían en sus orillas.

Los españoles debieron afrontar el espíritu belicoso de los indios. Muchas canoas salieron de la playa, llevando una enseña de oro, dieron vuelta alrededor de los buques desafiando a sus tripulantes con la mirada, y cuando éstos los persiguieron, se refugiaron en tierra.

Un número más formidable se reunió en la playa, hasta alcanzar, según dijeron los españoles, diez mil guerreros, aparentemente ansiosos de atacar a los invasores.

Pizarro, que desembarcó con parte de los suyos, pretendió entablar una conferencia, pero no pudo evitar las hostilidades. Muy mal lo hubieran pasado a no ser por un accidente cómico: un caballo se cayó y los indios, que jamás habían visto

esos animales, se asombraron de tal manera al ver que el jinete se separaba del caballo, puesto que creían que uno y otro formaban un mismo ser, que se retiraron a la desbandada.

Los españoles resolvieron entonces celebrar un consejo de guerra. Se dieron perfecta cuenta que no tenían fuerza suficientes para luchar contra tantos indios. Pero Almagro dijo que no podían volver a Panamá todos porque tenían muchos acreedores que no los dejarían tranquilos si sabían que habían fracasado. Propuso que Pizarro se quedara como garantía de la empresa, mientras él regresaba en busca de refuerzos. Estos consejos de Almagro disgustaron a Pizarro. Era muy cómodo que mientras los otros pasaran alegremente su tiempo yendo de un lado a otro, él tuviera siempre que quedarse y afrontar los mayores peligros y sinsabores. Almagro le contestó que si no quería quedarse, lo haría él, pero finalmente se adoptó su plan.

Los soldados que debían permanecer allí, tomaron esa resolución con disgusto y escribieron a sus parientes y amigos informándoles de su deplorable condición y quejándose de la fría avaricia de sus jefes. Almagro, que debía conducir las

cartas en su viaje de regreso, las abrió y destruyó, tratando de cortar así todo medio de comunicación entre los descontentos y sus amigos lejanos.

Sin embargo, no consiguió su objeto, porque un soldado llamado Sarabia tuvo la ingeniosa idea de encerrar su carta en un ovillo de algodón, que debía llevarse a Panamá como muestra de los productos del país, y ser entregado a la esposa del gobernador.

La carta, que era firmada por varios soldados descontentos además de Sarabia, pintaba con colores sombríos su situación, acusaba a Pizarro y Almagro, y rogaba a las autoridades de Panamá que enviasen un buque que los sacase de ese triste lugar, si es que alguno sobrevivía a los horrores del aislamiento. La carta terminaba con la siguiente cuarteta, escrita por Sarabia:

“Pues señor gobernador,
Mírelo bien por dentro,
Que allá va el recogedor,
Y acá queda el carnicero”.

El recogedor era Almagro, y el carnicero, Pizarro. Así los consideraban sus soldados.

IV

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

POCO después de marcharse Almagro, Pizarro despachó el buque que le quedaba, bajo el pretexto de que necesitaba ser reparado en Panamá. Probablemente quiso así librarse de una parte de la gente que estaba descontenta.

Grande fué el desaliento que el regreso de Almagro y los suyos produjo en Panamá, porque el contenido de la carta, oculta en el ovillo, fué conocido de todos.

Don Pedro de los Ríos, el gobernador, se enfureció a tal punto, al saber las muertes y desgracias, producidas, que se negó a seguir apoyando a Almagro y Luque, y resolvió enviar un oficial a la isla del Gallo con la orden de regresar los restantes.

Pizarro y los suyos, entretanto, sufrían miserias sin nombre. Nada tenían que temer de los indígenas, pero el hambre era terrible. Se alimentaban de cangrejos y mariscos que recogían en la playa. Estaban casi desnudos. Una parte de los aventureros quería volver a Panamá.

Pizarro, dispuesto a todo, sacó su puñal y trazó una línea sobre la arena, de este a oeste. Luego, volviéndose hacia el sur, dijo:

“Camaradas y amigos. Esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos. La otra, la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres. Por allá al Perú a ser ricos. escoja el que fuere buen castellano lo que más le estuviese”.

Al oír esas palabras, el valiente piloto Ruiz y el griego Pedro de Candia, sin dudar un instante, eligieron el lado de los peligros. Once más cruzaron la raya sucesivamente demostrando de esa manera que estaban dispuestos a acompañar a su jefe. La fama ha conservado el nombre de esa pequeña partida de valientes. Un cronista antiguo comenta su gesto, con entusiasmo y elocuencia, en los siguientes términos:

“Estos fueron los trece de la fama. Estos fue-

ron los que cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer a hombres, y los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que les prometían, todo lo abandonaron por la honra, y siguieron a su capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro”.

Una vez que partieron los descontentos, quedaron los trece valientes sin alimentos, sin vestidos, casi sin armas, sin conocer el país que iban a recorrer, sin buque para transportarse, en una roca desierta en medio del océano y, sin embargo, dispuestos a conquistar un poderoso imperio. ¿Qué puede encontrarse en la leyenda que supere a esta magnífica hazaña?

En el buque regresó, a pesar suyo, el piloto Ruiz, para cooperar con Almagro y Luque en la obtención de nuevos auxilios.

Pizarro y sus compañeros construyeron una especie de bote grosero o balsa y se trasladaron a la pequeña isla Gorgona, veinticinco leguas al norte del punto en que estaban. La isla distaba cinco leguas del continente y no tenía habitantes. Allí levantaron algunas malas chozas y estuvieron a la espera de los acontecimientos, buscando sin cesar

indicios del socorro que esperaban. En esas condiciones transcurrieron muchos tristes meses.

Entretanto Luque y Almagro discutían con el porfiado gobernador que se negaba a darles socorros. Finalmente accedió, pero exigiendo que Pizarro estuviese de vuelta antes de seis meses, cualquiera fuese el resultado de la expedición, y que Almagro no partiera otra vez.

Los desgraciados habitantes de la isla de Gorgona apenas podían creer lo que veían cuando descubrieron las blancas velas del buque enviado por sus amigos, que se dirigía hacia donde estaban. Y aunque no traían auxilios, estuvieron contentos de poder abandonar un sitio que denominaron "el infierno".

Después de dejar a dos españoles enfermos al cuidado de los indios, se embarcaron nuevamente, dirigidos por el piloto Ruiz que se había hecho cargo otra vez del timón y enfilaron en busca del imperio de los Incas. Por fin, luego de veinte días de navegación, la nave dobló la punta de Santa Elena y se deslizó mansamente por las aguas del hermoso golfo de Guayaquil.

Los viajeros se hallaron frente a algunas montañas estupendas: el Chimborazo, con su cumbre

ancha y redonda, que se eleva como la cúpula de los Andes, y el Cotopaxi, con su deslumbrante cono de blanca nieve, que sólo sufre la alteración de su propio fuego volcánico, porque esta montaña es el más terrible de todos los volcanes de América, y se hallaba en tremenda actividad en una época no muy anterior a la que llegaron Pizarro y sus aventureros.

Al día siguiente navegaron rumbo a Tumbes. A medida que se aproximaban se abrió ante sus ojos una ciudad muy grande, con muchos edificios al parecer de piedra y cal, ubicada en el centro de un fértil campo y de obras de riego. Cuando aún estaban a bastante distancia de la orilla, Pizarro vió que se acercaban algunas balsas con indios. En seguida numerosos indios se reunieron en la playa contemplando con indescriptible asombro el castillo flotante que era para ellos el buque, y escuchando con curiosidad lo que les gritaban en su idioma los otros indios que los españoles traían consigo.

Poco después, decenas de balsas cargadas con plátanos, yucas, maíz, batatas, piñas, cocos y otros ricos productos, así como caza y pesca, atracaron junto al buque. Pero lo que más llamó la aten-

ción de los españoles, fueron unos animales llamados "llamas", que veían por primera vez y a los que aplicaron el nombre de "camellos de los indios".

En aquel momento estaba en Tumbes por casualidad un noble indio, al que los españoles llamaron "orejón", porque tenía las orejas deformadas a causa de los pesados adornos que le colgaban de ellas. Manifestó gran curiosidad por conocer a los viajeros, subió a bordo y recorrió todas las dependencias del buque con verdadero interés. Se quedó después a comer con los españoles y le gustaron sobre todo los guisos y el vino, que jamás en su vida había probado. Al despedirse Pizarro lo obsequió con un hacha de hierro, metal desconocido por los indios.

Al día siguiente, el capitán español envió a un tal Alonso de Molina, junto con un negro que había venido en el buque desde Panamá, con nuevos obsequios para el "orejón". Los indios se quedaron asombrados al ver la piel del negro y les dijeron a él y a Molina que se quedasen allí a vivir y les iban a dar una esposa a cada uno. Pero, eso sí, querían que el negro se lavase antes, sa-

cándose lo que consideraban una especie de pintura del rostro.

Molina y el negro regresaron a bordo del buque y contaron a Pizarro que habían visto inmensos tesoros de oro, plata y piedras preciosas. El capitán español no les quiso creer, resolviendo enviar a tierra a Pedro de Candia, con armadura de malla, con la espada a un lado y el arcabuz al hombro, tal como correspondía a un caballero. Los indios se quedaron asombrados al ver cómo resplandecía al sol la armadura y los arreos militares. Candia, para asombrarlos aún más, hizo colocar un blanco y disparó con el arcabuz hacia él. La llamarada de la pólvora y el estampido del tiro, acompañado del ruido que hizo la tabla que servía de blanco al romperse, llenaron de espanto a los indígenas. Algunos cayeron al suelo cubriéndose la cara con horror y otros se acercaron a Candia y se tranquilizaron al ver su cara risueña.

Tumbez era la ciudad favorita de los príncipes indios del Perú. Pizarro y sus compañeros casi perdieron el juicio de alegría al enterarse de los inmensos tesoros que encerraba, aunque sentían en el alma que no estuviesen los otros aventureros, que habían partido a Panamá, para compartir con

ellos esa felicidad, tanto tiempo ansiada. Finalmente resolvieron, en vista de las pocas fuerzas que tenían y después de haber recogido todas las noticias que necesitaban, despedirse de los indios y seguir navegando hacia el sur.

Recorrieron muchos puntos de la costa y continuaron cambiando obsequios con los indios. Estos los llamaban "hijos del sol", debido a su blancura, al brillo de sus armaduras y a los rayos que salían de sus armas.

Por todas partes Pizarro recibió noticias de la existencia de un monarca poderoso que tenía su corte en las llanuras del interior y cuya capital resplandecía de oro y plata. En muchos de los puntos en que desembarcaron vieron el gran camino de los Incas que cruzaba de un extremo al otro el vasto imperio. Asimismo se quedaron asombrados por las obras de riego, los acueductos y los canales que los indios habían construído y que demostraban un grado bastante grande de adelanto. Llegaron, finalmente, al puerto de Santa, junto a un ancho y hermoso río, rodeado de tierras sumamente áridas que los peruanos empleaban para la conservación de los cadáveres. Tan numerosas

eran las "momias" que allí encontraron que bien parecía un inmenso cementerio.

Habiendo llegado a cerca de nueve grados de latitud sur, es decir diez grados más lejos que todos los viajeros anteriores, Pizarro y sus hombres, de común acuerdo, resolvieron regresar a Panamá para informar de sus descubrimientos.

De regreso tocaron en los mismos puntos que en el viaje de ida. En uno de éstos, llamado por los españoles Santa Cruz, Pizarro había sido convidado a bajar a tierra por una india de alto rango, y él había prometido hacerlo a la vuelta. Apenas hubo fondeado el buque enfrente del pueblo donde ella vivía, una numerosa comitiva de criados subió a bordo, y Pizarro descendió, después de haberlos obsequiado, dirigiéndose a la casa de su amiga.

El capitán español fué obsequiado con un espléndido banquete compuesto de platos delicados, frutas y vegetales de gusto apetitoso. Terminada la comida se ejecutaron números de música y bailaron juntos jóvenes de ambos sexos sencillamente vestidos. Antes de marcharse, Pizarro desplegó el estandarte de Castilla y rogó a la india y a sus sirvientes que le rindieran vasallaje. Estos lo hi-

cieron en medio de gran alegría, según lo refiere un cronista.

En Tumbez, donde pararon después, algunos españoles pidieron a Pizarro permiso para quedarse, a lo que éste accedió. En cambio, se embarcaron algunos indios, a los que se les fué enseñando a hablar en castellano.

En la infausta isla de Gorgona, donde como se recordará habían dejado a dos compañeros heridos, sólo hallaron a uno con vida, al que recogieron de vuelta.

Al cabo de dieciocho meses de ausencia, los aventureros avistaron el puerto de Panamá.

Grande fué, como era de esperar, la sorpresa que produjo su llegada. Pocos había, entre los más optimistas de sus amigos, que no los creyesen muertos. La alegría se acrecentó cuando se conocieron las noticias que traían.

Sin embargo, el gobernador Pedro los Ríos no creía, ni aún con las pruebas que le daban, en la importancia del descubrimiento. Cuando los socios le solicitaron de nuevo su apoyo, les respondió fríamente que “no entendía despoblar su gobernación para que se fuesen a poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda más gente de la que

había muerto, cebando a los hombres con las muestras de ovejas (así llamaba a las llamas), oro y plata que habían traído". Descorazonados ante semejante repulsa, resolvieron recurrir a un remedio heroico: dirigirse al mismo rey de España en procura de ayuda y sostén.

Pero, ¿a quién encomendar esa misión? Luque estaba encadenado a Panamá por sus deberes eclesiásticos. Almagro era muy tosco, bajo de estatura y facciones desagradables. Al fin se resolvió que fuese Pizarro, cuya presencia de ánimo, prudencia, calma y reflexión garantizaba el éxito de la responsable empresa.

Reunieron los socios mil quinientos pesos oro y Pizarro, acompañado de Pedro Candía, se despidió de Panamá, rumbo a España. Llevaba consigo algunos indios y dos o tres llamas, varios tejidos curiosos de lana y muchos adornos de plata y oro, como muestras de la riqueza del Perú, así como documentos que comprobaban la verdad del maravilloso relato que pensaba hacer.



V

TERCERA EXPEDICION

PIZARRO y su oficial, después de atravesar el istmo de Panamá, se embarcaron en Nombre de Dios para España, llegando a Sevilla sin inconveniente a principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquella ciudad un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles y que se llamaba el bachiller Enciso. Este hombre había participado en la colonización de Tierra Firme y algunos de los primeros colonos de Darien, entre los que se contaba Pizarro, le debían dinero. Inmediatamente que nuestro capitán desembarcó, Enciso ordenó que se lo tomara preso por falta de pago de la deuda.

Pizarro, que había huído de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, después de una ausencia de más de veinte años pasados en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel a su regreso a la madre patria. El hecho causó indignación general y apenas llegó a conocimiento de la Corte, se ordenó su libertad inmediata.

Pizarro fué recibido con suma condescendencia y bondad por el emperador Carlos V. Lo que más interesó al monarca resultó ser la "llama" y los tejidos de lana. Sin embargo, las muestras de plata y oro fueron aquello que tocó más vivamente el apetito real.

Se hallaba al mismo tiempo en la Corte otro hombre que había venido del Nuevo Mundo con los mismos propósitos, pero cuya nombradía oscurecía a la de Pizarro. Era Hernán Cortés, conquistador de Méjico. Había ido a España a poner un imperio a los pies del monarca y solicitarle justicia para sus agravios y recompensa para sus servicios. Se hallaba al fin de su carrera mientras Pizarro recién comenzaba la suya. Los conquistadores de Méjico y del Perú eran los hombres destinados a derribar las más poderosas linastías

americanas y abrir las doradas puertas que habían de dejar pasar el torrente de los tesoros de América a las arcas españolas.

A pesar de la recomendación del emperador Carlos V, los asuntos de Pizarro no salían de ese paso lento que era propio de toda clase de negocios en la corte de Castilla. Vió que sus escasos recursos poco a poco se iban agotando con los gastos que le imponía su posición. La reina, finalmente, que se había encargado del asunto cuando su marido se ausentó, lo despachó al fin, y el 26 de julio de 1529 se celebró la memorable "capitulación" que contenía los poderes y privilegios que los reyes acordaban a Pizarro.

El célebre documento aseguraba a ese jefe el derecho de descubrimiento y conquista de la provincia del Perú o Nueva Castilla (como se llamó al país, así como a Méjico se había dado el nombre de Nueva España) hasta doscientas leguas al sur de Santiago. Se le confería el título y dignidad de gobernador y capitán general de la provincia, juntamente con los de adelantado y alguacil mayor para toda su vida, con un sueldo de setecientos veinticinco maravedíes y obligación de mantener a algunos oficiales y servidores. Se le concedió

también el derecho a construir ciertas fortalezas con absoluto gobierno de ellas, distribuir los indios entre los conquistadores y ejercer todas las prerrogativas que correspondían a la categoría de virrey.

A su compañero Almagro se le nombró comandante de la fortaleza de Tumbez con una renta anual de trescientos mil maravedíes y el rango de hidalgo. El cura Luque recibió en recompensa de sus servicios el obispado de Tumbez y el título de protector de los indios. Se le señaló un sueldo anual de mil ducados, que como todos los demás sueldos y recompensas contenidos en la capitulación, habían de salir de las rentas del país conquistado.

No se olvidaron de los partícipes subalternos de la expedición. Ruiz recibió el título de gran piloto del Océano del sur con un gran sueldo; a Candia se le dió el mando de la artillería; y a los once compañeros más de la isla desierta se los nombró hidalgos y caballeros.

Una circunstancia que no puede dejarse de notar es que mientras Pizarro acumulaba empleos elevados y lucrativos, casi se excluía a Almagro. Sin embargo, aquél se había comprometido a con-

seguirle a éste el cargo de adelantado. Un cronista militar asegura que el gobierno español, a pesar de los ruegos del capitán español, le negó ese favor.

Arreglados todos los asuntos de una manera más o menos satisfactoria, Pizarro partió para Trujillo, el lugar de su nacimiento, en Extremadura. Si alguna vez es perdonable la vanidad, se trata sin duda en la ocasión de ver a un hombre que, nacido en la oscuridad, sin familia, sin apoyo y sin amigos que lo favorezcan, sólo por medio de sus propios esfuerzos logra vencer todos los obstáculos que la naturaleza y las circunstancias colocan en su camino. Tal era la posición de Pizarro cuando volvió a visitar el lugar de su nacimiento, donde hasta entonces se lo había considerado un pobre huérfano desterrado, sin padre que lo reconociese y sin amigos que le dieran protección. Pero ahora encontró amigos y personas dispuestas a seguirlo; muchos pretendían probar que eran sus parientes y asociarse a su destino. Entre estos últimos había cuatro hermanos. Dos de ellos, Gonzalo y Juan Pizarro, eran hermanos suyos de parte de padre, y uno, Francisco Martín

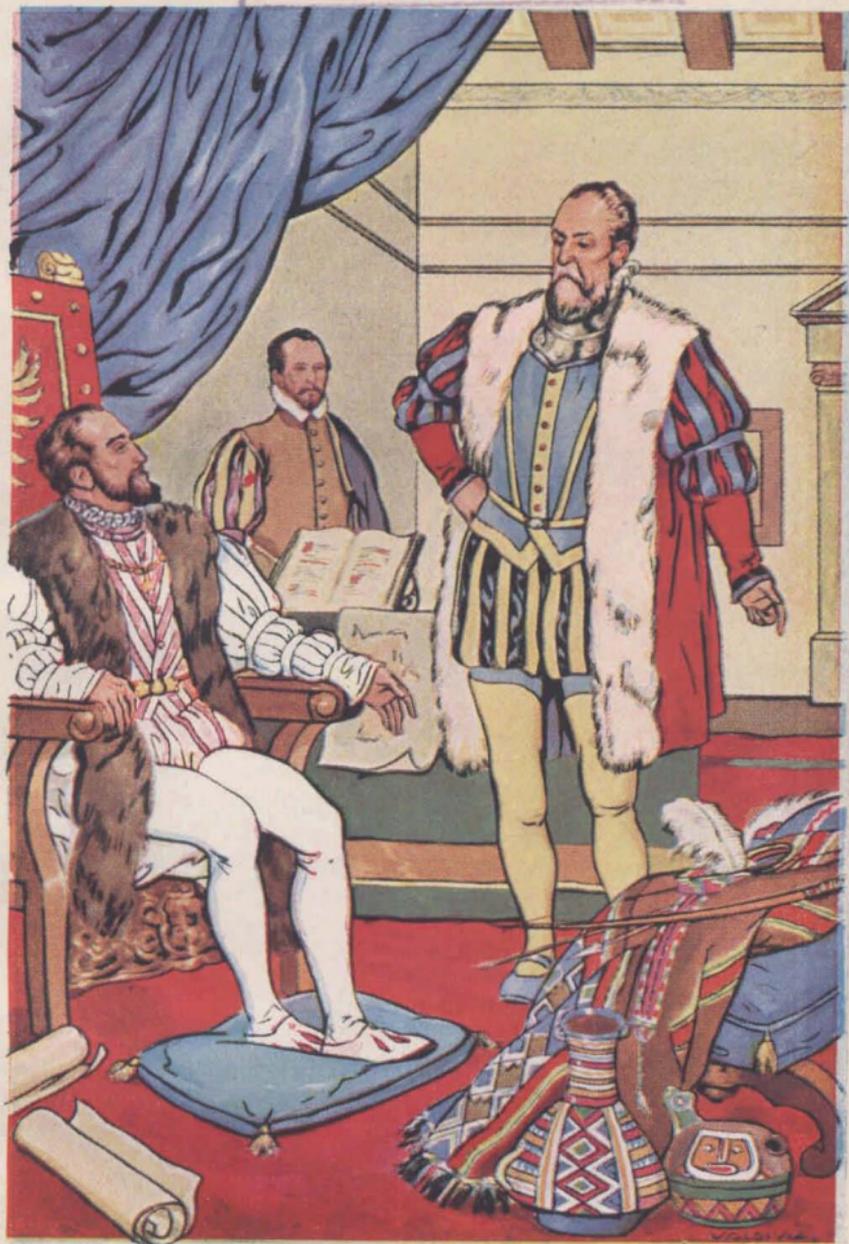
de Alcántara, lo era de parte de madre. Se trataba de gente tan pobre como orgullosa.

El otro hermano, llamado Hernando, era el mayor y muy soberbio. Sus facciones feas y desagradables no le impedían tener un aire imponente, debido a su gran estatura.

En enero de 1530, Pizarro partió de regreso al Nuevo Mundo, al mando de tres buques. Al llegar a Nombre de Dios se encontró con Almagro y Luque, que habían cruzado las montañas para ir a esperarlo.

Grande fué, como era de esperar, el disgusto de Almagro, al ver que no se lo había nombrado adelantado. “Así es — exclamó dirigiéndose a Pizarro — cómo habéis tratado a un amigo que ha compartido con vos todos los riesgos y los gastos de la empresa, y esto a pesar de habernos prometido solemnemente al marchar que miraríais por los intereses de vuestros socios como por los vuestros propios. ¿Cómo habéis consentido que se me deshonre a los ojos del mundo con tan miserable compensación que parece apreciar mis servicios como nulos comparados con los vuestros?”.

Pizarro le respondió que había hecho lealmente toda clase de esfuerzos para satisfacer sus deseos,



Pizarro fué recibido por el Emperador Carlos V.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

pero que el gobierno se había negado a confiar a manos distintas títulos semejantes.

Almagro, carácter generoso, hubiese olvidado todo, a no ser por la intervención de Hernando Pizarro que, desde el primer momento que se vieron, le demostró antipatía y desprecio por su pequeña estatura, y que consideraba que era un obstáculo para la carrera de su hermano.

La disputa llegó a tal punto de irritación que Almagro quiso llevar adelante la expedición sin el auxilio de su compañero y llegó a entablar negociaciones para la compra de buques. Pero, afortunadamente, Luque y el licenciado Espinosa interpusieron su influencia y lograron reconciliar a los dos viejos camaradas.

En los primeros días de enero de 1531, Pizarro y los suyos salieron de Panamá a emprender la tercera y última expedición para la conquista del Perú.

La intención de los viajeros era navegar en línea recta hasta Tumbes, que tan magníficos tesoros les presentó en el viaje anterior. Pero los vientos de proa y las corrientes frustraron su plan y, después de una navegación de trece días, mucho más rápida de lo que se acostumbraba, llegaron

al puerto San Mateo, un grado al norte de la línea del ecuador. Aquí Pizarro, previa consulta con sus oficiales, resolvió desembarcar y seguir el viaje por tierra a lo largo de la costa, mientras que los buques seguían su rumbo a una distancia conveniente de la orilla.

La marcha del pequeño ejército fué excesivamente penosa, porque constantemente se hallaba cortado el camino por arroyos que desbordaban a causa de las lluvias de invierno y se convertían en anchas lagunas. Pizarro, que ya tenía algún pequeño conocimiento del país, iba de guía y de comandante al mismo tiempo. Siempre estaba dispuesto a prestar su auxilio donde se necesitaba, estimulando a los suyos a que vadeasen o pasasen a nado los torrentes y animando a los abatidos con el ejemplo de su indomable valor.

Por fin llegaron a un caserío muy poblado, o más bien a una ciudad, en la provincia de Coaque. Los indios, sin tratar de defenderse, huyeron aterrados a los próximos bosques, dejando en poder de los invasores sus efectos que tenían mucho mayor valor de lo que se esperaba.

El oro y la plata que se sacó de las chozas de los indígenas, se reunió y depositó en un montón

común, del cual se dedujo la quinta parte para la corona y, en seguida, Pizarro distribuyó el resto en la proporción convenida, entre los oficiales y soldados de su ejército. Tal fué el sistema constante que se observó durante la conquista.

Pizarro, con su acostumbrada política, envió a Panamá gran cantidad de oro, hasta un valor nada menos que de veinte mil castellanos, suponiendo que a la vista del tesoro tan rápidamente adquirido, se desvanecerían las dudas de los que vacilaban y los incitaría a unirse a su bandera. No se equivocó en este juicio. Como dice devotamente uno de los conquistadores: "fueron a dar en un pueblo que se decía Coaque, que fuese nuestro Señor servido topasen con él, porque con lo que en él se halló se acreditó la tierra y vino gente a ella".

Después de un breve descanso, continuaron su viaje los españoles. Una horrible enfermedad los atacó en el camino. Se les formaban úlceras o, mejor dicho, verrugas de gran tamaño que, al ser abiertas con la lanceta, arrojaban tal cantidad de sangre que moría el enfermo. Así murieron varios soldados. La epidemia se extendió por todo

el país y atacaba por igual a los españoles y a los indios.

Marcharon en esas malas condiciones días y semanas enteras. Cuando ya la desesperación comenzaba a dominarlos de nuevo, llegó un buque de Panamá trayendo más provisiones, además del tesorero real, el inspector, el contador y otros funcionarios que venían a acompañarlos.

En Puerto Viejo se les reunió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, mandados por un oficial llamado Belalcázar, que posteriormente llegó a ocupar altas posiciones.

Muchos de los compañeros de Pizarro deseaban detenerse en este punto y fundar una colonia. Pero el jefe quería siempre seguir adelante. Prosiguieron, por consiguiente, su marcha y recorrieron las costas del golfo de Guayaquil, hasta llegar a la diminuta isla de Puná.

En la isla los españoles fueron recibidos con mucha hospitalidad por los indios y encontraron cómodo alojamiento. Pizarro determinó permanecer allí hasta que pasasen las temporadas de las lluvias, época en que esperaba recibir refuerzos que le permitiesen penetrar en el imperio de los Incas. Los indios de esa región, a pesar de las

pruebas de amistad que daban a los españoles, eran conocidos por los Incas con el nombre de "pérfidos". Pronto demostraron serlo. Comenzaron a conspirar, a espaldas de Pizarro, preparando una insurrección.

Al enterarse el capitán español de lo que se tramaba tomó prisioneros a algunos indios y los entregó a manos de los indios de Tumbes que eran rivales de los de Puná. Estos últimos se enfurecieron entonces y acudieron a las armas. Eran incomparablemente más numerosos que los españoles. Sin embargo, Hernando Pizarro al frente de la caballería, cargó sobre ellos y los dispersó completamente. Los indios huyeron por los campos, aterrados por el estampido atronador y los relámpagos que lanzaban las armas de fuego, refugiándose en los bosques.

No pasaron de tres o cuatro los españoles que perecieron en el combate, pero hubo muchos heridos. Entre estos últimos figuraba Hernando Pizarro, que fué herido de consideración en la pierna con una jabalina.

Los indios no se aplacaron. Siguieron atacando a los españoles, especialmente durante la noche.

Estaban en tan desagradable situación, cuando

Pizarro vió con alegría que llegaban dos buques a la isla trayendo un refuerzo de cien voluntarios y además caballos. Los comandaba Hernando de Soto, capitán que adquirió posteriormente mucha celebridad al descubrir el Missisipí, cuya corriente se desliza aún hoy junto al sitio donde yacen sus restos, digno sepulcro para sus cenizas, magnífico monumento que la naturaleza brinda a las hazañas de un hombre excepcional.

Con los refuerzos, Pizarro consideró llegado el momento de afrontar la magna empresa a la que había consagrado tantos desvelos. Ahora la conquista del imperio de los Incas sería la próxima etapa.

Pero por los indios de Tumbez supo que había estallado la guerra civil en el imperio incaico. Los dos hijos del último monarca luchaban entre sí por la posesión del trono. Pizarro consideró esta noticia como de gran importancia, porque recordaba el uso que había hecho Hernán Cortés de rivalidades análogas entre las tribus de Méjico. Su plan de conquista se le presentó entonces con toda claridad.

VI

EL PERU EN LA EPOCA DE LA CONQUISTA

ANTES de acompañar a Pizarro y a sus compañeros al país de los Incas, conviene hacer conocer al lector la situación crítica del Perú en aquella época. Los españoles llegaron justamente cuando se estaba desarrollando una gran revolución interior que era favorable para sus proyectos.

A fines del siglo XV murió Tupac Inca Yupanqui, uno de los más célebres "hijos del sol", que llevando las armas del Perú a través de los ardientes arenales de Atacama, penetró en los remotos límites de Chile, mientras que hacia el norte extendió sus dominios hasta Quito. Su hijo Huayna Capac llegó a ser tan grande como su padre y dirigió la guerra en esta última región.

La primera llegada de los blancos a las costas del Pacífico en la América del Sur, ocurrió unos diez años antes de la muerte de Huayna Capac, cuando Balboa atravesó el golfo de San Miguel y tuvo la primera noticia de la existencia del imperio de los Incas. Se ignora si llegaron a oídos del monarca indio noticias de estas aventuras. No hay duda, sin embargo, de que tuvo noticias de la primera expedición a las órdenes de Pizarro y Almagro, cuando éste último penetró hasta el río San Juan. Los informes que recibió hicieron mucha impresión en el ánimo de Huayna Capac, porque descubrió en el valor formidable y en las armas de los invasores, pruebas de una civilización muy superior a la de su pueblo. Manifestó su temor de que volviesen y que el trono del Inca fuese conmovido por estos extranjeros que disponían de un poder tan incomprensible.

Huayna Capac tenía, según costumbre de los príncipes peruanos, gran cantidad de mujeres. El heredero de la corona, hijo de su mujer legítima y a la que consideraba su hermana por ser del mismo grupo familiar, se llamaba Huascar. En la época histórica de que ahora nos ocupamos había cumplido treinta años. Después de Huascar, se-

guía en orden de sucesión Manco Capac, hijo de otra esposa, prima del monarca. Era un príncipe joven que desempeñó un papel importante en las luchas internas después de la conquista del Perú por los españoles.

Pero el más querido de los hijos del Inca era Atahualpa. Su madre era hija del último "Scyri" de Quito, que había muerto de dolor, al ser conquistado su reino por Huayna Capac. La princesa era hermosa y el Inca, ya sea por amor o para indemnizarla de la ruina de sus padres, la recibió entre sus mujeres. Los historiadores de Quito aseguran que era su legítima esposa.

Huayna Capac pasó los últimos años de su vida en su nuevo reino de Quito. Por consiguiente, Atahualpa se educó a su vista, lo acompañó en todas sus campañas, durmiendo en la misma tienda que su padre y comiendo en el mismo plato. La viveza del niño, su valor y generosidad, sedujeron a tal punto al anciano monarca, que resolvió separarse de las costumbres establecidas y dividir su imperio entre él y su hermano mayor Huascar. Desde su lecho de muerte, rodeado de los más altos funcionarios de la corona, declaró que era su última voluntad que el reino de Quito pasase

a poder de Atahualpa, quien tenía derecho a poseerlo por descender también, por vía materna, de sus monarcas. El resto del imperio lo dió a Huascar. Ordenó, finalmente, a ambos hermanos que aceptasen ese arreglo y viviesen en paz y amistad. Tal fué la última voluntad, por cierto poco política, del heroico monarca.

Durante casi cinco años los hermanos vivieron cada cual en su parte del imperio sin hacerse la guerra. Pero los cortesanos aduladores comenzaron a incitarlos mutuamente a que se pelearan.

Huascar era de carácter bondadoso, pacífico y generoso; parecía someterse a la voluntad de su padre. Atahualpa, en cambio, era de temperamento distinto: belicoso, ambicioso y atrevido, y siempre estaba empeñado en expediciones destinadas a extender su territorio.

Según algunos historiadores, Huascar resolvió enviar un embajador a Atahualpa con la misión de reconvenirlo por su ambición y exigirle que respetase su reino de Quito.

Según otros historiadores, la causa inmediata de la disputa entre ambos hermanos fué que Huascar reclamó a Atahualpa el territorio de Tumbamba, como parte que le correspondía de la he-

rencia paterna. Lo cierto es, cualquiera fuese la causa, que entraron en guerra. El primer encuentro, al decir de los cronistas, se produjo cerca de Tumbamba y Atahualpa cayó prisionero.

Pero no tardó en escaparse el joven monarca de Quito y, volviendo a la capital de su reino, se puso al frente de un poderoso ejército. Sus tropas eran la flor y nata del gran ejército incaico y lo querían mucho, por haber participado de niño en todas las campañas.

Ese ejército se encontró con otro, también poderoso, que enviaba Huascar, bajo las órdenes de un jefe distinguido de la familia Inca.

Ambas fuerzas se encontraron en las faldas del colosal Chimborazo, donde libraron una cruenta batalla.

Atahualpa triunfó y se apoderó de Tumbamba. Entrando en la ciudad cautiva como conquistador, pasó a cuchillo a sus habitantes y la arrasó, no dejando piedra sobre piedra. En algunos lugares las mujeres y los niños salían en triste procesión con palmas en las manos para implorar misericordia, pero el vengativo conquistador, sordo a sus ruegos, asoló el país a sangre y fuego, sin perdonar a ningún hombre que caía en sus manos.

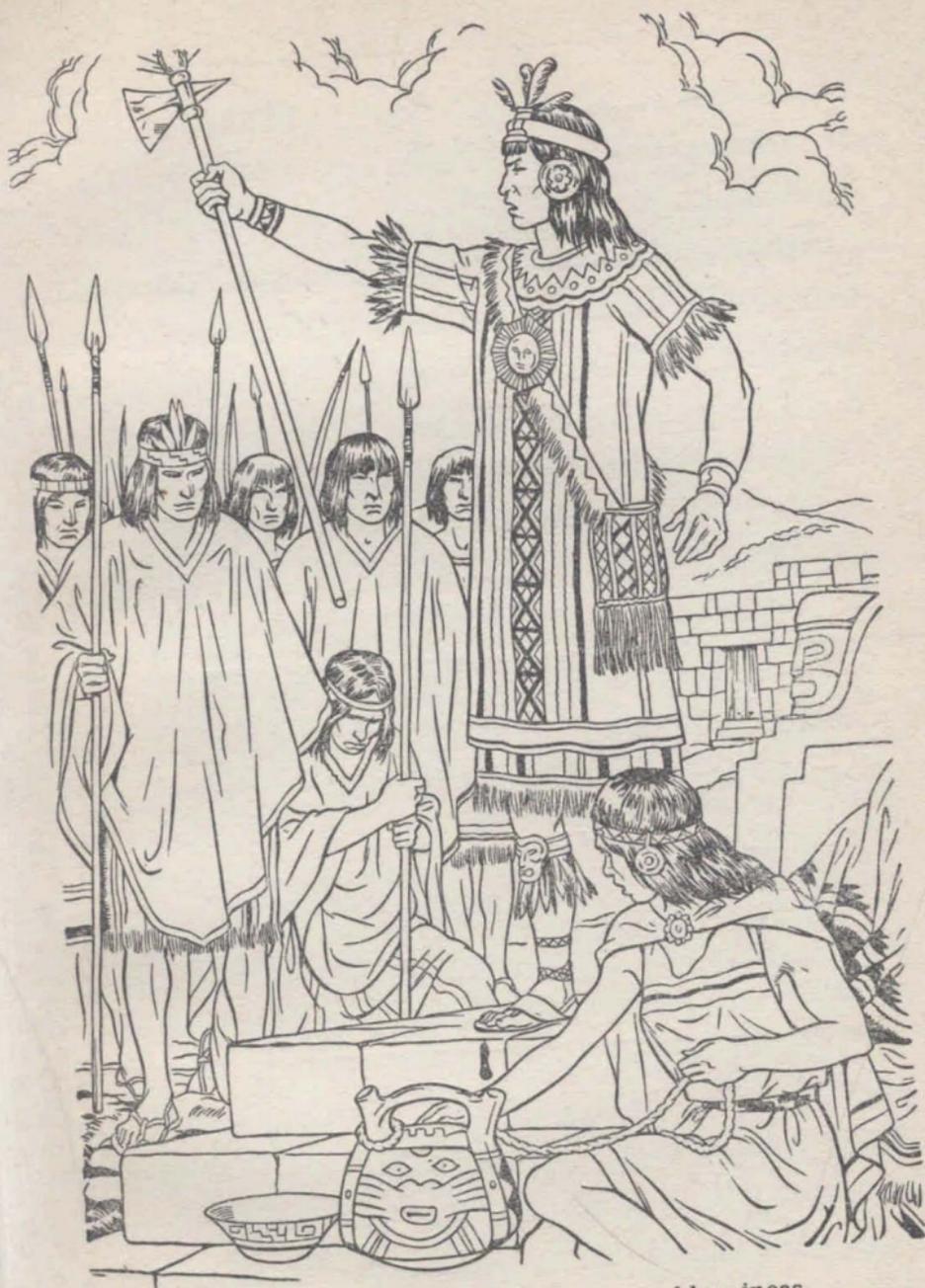
Los habitantes aterrados se rendían sin oponer resistencia y así Atahualpa pudo llegar hasta Caxamalca, donde estableció su cuartel general. Desde allí envió a dos de sus comandantes con fuerzas en dirección a Cuzco, capital del imperio.

Entretanto Huascar no permanecía ocioso. Comenzó por tratar de reunir fuerzas en todo el país y luego, guiado por malos consejeros, determinó esperar que el enemigo se acercara a la capital.

Los dos ejércitos se avistaron en la llanura de Quipaypan, cerca de la metrópoli india.

La batalla duró, con el mayor encarnizamiento, desde que amaneció hasta el anochecer. La tierra quedó cubierta de centenares de cadáveres. Al final la fortuna se inclinó del lado de Atahualpa y en las filas enemigas se produjo un espantoso desorden. Huascar fué hecho prisionero y los jefes victoriosos marcharon a la capital, tomando posesión de ella en nombre de su soberano.

Estos sucesos ocurrían en la primavera del año 1532, pocos meses antes que desembarcasen los españoles. Las noticias de su triunfo y de la prisión de su desgraciado hermano llegaron a oídos de Atahualpa en Caxamalca. Al instante dió orden de que se tratase a su hermano con el respeto que



Atahualpa mandó asesinar a los nobles incas.

se debía a su rango, pero que se lo trasladase a la fortaleza de Xauxa, donde debía ser vigilado rigurosamente.

Según el escritor Garcilaso de la Vega, Atahualpa invitó después a todos los nobles incas esparcidos por el país a una reunión en el Cuzco, a fin de ponerse de acuerdo sobre la división del imperio entre él y su hermano. Cuando estuvieron reunidos, los rodeó la soldadesca de Quito, asesinandolos sin compasión. El objeto de este pérfido crimen fué exterminar a toda la real familia, cada uno de cuyos miembros podía probar mejor derecho a la corona que Atahualpa, hijo ilegítimo. Pero no paró ahí la matanza. Los hijos ilegítimos como él, hermanos de su padre, todos en fin los que tenían sangre india, fueron exterminados, así como a las tías, sobrinas, primas, hermanas y demás mujeres de la familia real. Para aumentar la satisfacción que le causaban la ejecución y su espíritu vengativo, aplicó a sus víctimas antes de matarlas crueles torturas e hizo que el mismo Huascar presenciara el horrible espectáculo. Refiriéndose a esas atrocidades, un apologista de los Incas escribió este verso:

“Esos hijos del Sol, almas de fuego,
Para quienes virtud es la venganza”.

Sin embargo, se pone en duda que el relato del Inca Garcilaso de la Vega sea del todo exacto. Como ese escritor era de origen indio y sobrino por parte de madre del gran Huayna Capac es posible que haya opinado con parcialidad, exagerando los hechos.

La noticia de la gran victoria llegó muy pronto a Caxamalca y produjo una indescriptible alegría. Todos acudían a congratular al vencedor y prestarle homenaje. Atahualpa no vaciló, entonces, en tomar la borla encarnada, diadema de los Incas. Había vencido a sus enemigos en su propio territorio; se había apoderado de su capital; había humillado a su rival; y había conquistado el cetro de los hijos del Sol. Pero la hora del triunfo estaba destinada a ser la de mayor humillación. El pequeño punto que el ojo perspicaz del padre había descubierto en los remotos confines del horizonte, se extendía más y más hasta que abarcó todo el firmamento. Los españoles se preparaban a desencadenar una tempestad de truenos y relámpagos sobre la desangrada nación.

VII

AVANCE TRIUNFAL DE LOS ESPAÑÓLES

HABIAMOS dejado a los españoles en la isla de Puná, mientras se preparaban a desembarcar en el continente por la parte de Tumbez. Pizarro, con la mayor parte de sus hombres, hicieron la travesía en sus buques. La primera embarcación que tocó tierra fué rodeada por los indios y tres de sus ocupantes apresados y asesinados en los bosques vecinos.

Los indios se apoderaron en seguida de otra de las balsas, que contenía el equipaje personal de Pizarro, pero como los hombres que la defendían dieron gritos de socorro, Hernando Pizarro y algunos jinetes, que habían desembarcado antes,

acudieron en su ayuda. Galopando sobre el fango, llegaron hasta donde estaban los atacantes y cayeron en medio de ellos con tal furia, que éstos se dieron a la disparada.

Los españoles no se explicaban esa conducta de parte de indios que habían sido sus amigos. Su asombro fué mayor cuando al penetrar en la ciudad la hallaron desierta y casi enteramente destruída. Cuatro o cinco de las casas particulares más sólidas, el gran templo y la fortaleza con grandes deterioros, era lo único que quedaba de la antigua ciudad. La lúgubre escena desalentó a los españoles, puesto que hasta los reclutas nuevos habían oído hablar de los maravillosos tesoros de Tumbes y abrigaban la seguridad de enriquecerse después de tantas fatigas. El oro parecía un fantasma engañador que desaparecía cuando se acercaban para abrazarlo.

Pizarro despachó una corta partida en persecución de los fugitivos, la que apresó a varios de ellos, entre los cuales figuraba el "curaca" o jefe del lugar. Traído ante la presencia de Pizarro, negó haber tenido participación alguna en las hostilidades contra los españoles y las atribuyó a una fracción rebelde del pueblo indio. Explicó el des-

mantelamiento de la ciudad por las largas guerras que había tenido con las tribus feroces de Puná.

Pizarro preguntó a los indios qué había sido de los españoles que dejó en su primera expedición. Las respuestas fueron oscuras y contradictorias. Sin embargo, se llegó al convencimiento de que habían perecido.

Un indio entregó a Pizarro un papel donde se leían las siguientes palabras escritas en castellano:

“Sea quien fuere el que desembarcase en este país sepa que contiene más plata y oro que hay en Vizcaya”.

Pero los soldados creyeron que era una maniobra de su capitán destinada a alimentar sus esperanzas que desfallecían y no le dieron fe a ese papel.

Resolvió Pizarro dejar parte de sus fuerzas en Tumbes y marchar con el resto. A principios de mayo de 1532 inició su expedición, enviando al mismo tiempo un pequeño destacamento al mando de Hernando de Soto a explorar las faldas de la vasta sierra.

Mantuvo férreamente durante toda la marcha una disciplina severa, ordenando a los soldados

que se abstuvieran de todo acto de agresión contra los indios y castigando la menor desobediencia con severas penas. Con esta política pronto se granjeó las simpatías de los indios, que le proporcionaban alimentos abundantes y se le sometían. Por todas partes el conquistador español hacía proclamar que venía en nombre del santo vicario de Dios y del rey de España. Como los indios, sencillos, no se oponían a esa fórmula, se los reconocía súbditos de la corona de Castilla.

Después de dedicar algunas semanas en inspeccionar el territorio, Pizarro creyó que el punto más conveniente para establecer una nueva colonia era el rico valle de Tangarala, a treinta leguas al sur de Tumbes, cruzado por corrientes que lo comunicaban fácilmente con el océano. A ese punto hizo venir la gente que había dejado en Tumbes. Con la madera de los bosques y las piedras de las canteras vecinas comenzó la edificación. Poco a poco se vieron levantar edificios, si bien no muy elegantes, sólidos. Se construyeron, entre otros, una iglesia, un almacén, una sala de justicia y una fortaleza. Se organizó, también, un ayuntamiento, que se componía de regidores, alcaldes y empleados municipales. El territorio ad-

yacente fué repartido entre los españoles y a cada uno de ellos se le entregó cierto número de indígenas para que los ayudasen en sus trabajos. A esta nueva ciudad se le puso el nombre de San Miguel, en reconocimiento del singular servicio que le atribuían a ese santo por las victorias obtenidas.

Antes de abandonar ese punto para emprender de nuevo la marcha, Pizarro hizo fundir los adornos de oro y plata que había recogido en diferentes puntos del país, formando con todos ellos una masa, de la cual dedujo la quinta parte para la corona. El resto pertenecía a las tropas, pero las convenció que debían abandonarlo por el momento, prometiendo que se les indemnizaría con los primeros tesoros que se obtuvieron. Con esos fondos y otros objetos recogidos en el curso de la campaña, volvió a enviar sus buques a Panamá.

Pizarro fué recogiendo en su camino importantes datos. Supo de la lucha entre Huáscar y Atahualpa, y del triunfo de este último. Averiguó que el ejército del vencedor estaba acampado a sólo diez o doce días de marcha de San Miguel. Esperando que se le incorporasen nuevas fuerzas, retrasó la invasión algunas semanas. Pero como

aquéllas tardaban en llegar, con apenas ciento cincuenta hombres se lanzó a una empresa que parecía descabellada.

Después de cruzar las mansas aguas del Piura, el pequeño ejército siguió marchando por una región llana, cortada de cuando en cuando por arroyos que descendían de la cordillera. El territorio estaba cubierto de árboles gigantescos y atravesado por montecillos estériles que parecían algo así como las raíces de los inmensos Andes y que dividían la región en valles de singular hermosura. El suelo, aunque poco regado por las lluvias, era rico por naturaleza y estaba esmaltado de un color verde brillante. Los habitantes habían logrado sacar buen partido de los arroyos y construído canales y acueductos que formaban una extensa red. Los españoles se maravillaban al marchar entre poblaciones que habían llevado la agricultura a un grado de perfección no visto en ninguna otra región americana.

Por todas partes fueron recibidos, gracias a su buena conducta, con hospitalidad y confianza. En casi todos los poblados hallaban alguna fortaleza o posada real, destinada al Inca en sus viajes, cuyos amplios aposentos les ofrecían alojamiento sobra-

do a expensas del gobierno que iban a derribar.

Al quinto día de viaje, Pizarro hizo alto en un valle delicioso para dar descanso a sus tropas y pasarles revista. Su número alcanzaba a ciento setenta y siete hombres, de los cuales setenta y siete eran de caballería. No había más que tres arcabuceros y algunos ballesteros que en total formaban veinte hombres. El ojo vigilante del jefe descubrió que entre sus soldados fermentaba el descontento. Adoptó, entonces, una resolución heroica, como muy suya.

Reunió a los soldados y les dijo que la empresa había llegado a un punto crítico; que ninguno debía pensar en proseguir la expedición si no pensaba hacerlo de todo corazón y si tenía alguna duda; que antes de tener que arrepentirse era mucho mejor desistir de seguir adelante; que San Miguel tenía una guarnición muy pequeña y que no estaría de más reforzarla; y que, finalmente, los que quisiesen podían regresar a la colonia donde dispondrían de igual cantidad de tierra y de indios que los otros pobladores. Agregó que, fuesen muchos o pocos los que se decidiesen a seguirlo, la aventura se llevaría a cabo.

Solamente nueve soldados aprovecharon las

ofertas de Pizarro. Los demás declararon resueltamente que estaban dispuestos a acompañarlo. El golpe del astuto capitán produjo sus efectos. Los gérmenes de descontento desaparecieron.

Oyó decir Pizarro que en un lugar llamado Caxas existía una guarnición de soldados del Inca. Inmediatamente despachó un destacamento en esa dirección bajo las órdenes de Hernando de Soto, mientras él se quedaba en la localidad de Zarán con el grueso de las fuerzas.

Pasaron días y semanas enteras sin recibir noticias de Hernando de Soto y, cuando comenzaban a desesperar, volvió el enviado trayendo consigo a un embajador del Inca. Era un personaje de alto rango y lo acompañaban otros de inferior condición. Le traía de regalo a Pizarro, en nombre de su soberano, dos fuentes de piedra, hechas en forma de fortaleza, algunos tejidos de lana muy finos, bordados de oro y plata, y unos pastos secos que pulverizados usaban los peruanos como perfume. El embajador indio tenía la misión de saludar a los españoles e invitarlos a visitar al Inca en su cuartel de las montañas.

Pizarro comprendió muy bien que el objetivo de esa visita era averiguar la fuerza y condición



Francisco Pizarro.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

de los españoles. Pero, de cualquier manera, lo trató lo mejor que pudo y, al marcharse, le regaló un gorro de paño encarnado, algunas bagatelas de vidrio y otros juguetes que había traído de Castilla. Encargó al embajador que dijese a su señor que los españoles eran súbditos de un príncipe poderoso que residía más allá del mar y que había oído hablar mucho de las victorias de Atahualpa, a quien le tributaban respeto, ofreciéndoles sus servicios para luchar contra sus enemigos.

Habiendo averiguado cuál era el camino que conducía a Caxamalca, Pizarro emprendió la marcha. La primera población de alguna importancia en que se detuvo fué Motupe, agradablemente situada en un rico valle, entre colinas de poca elevación que se agrupaban en torno de la base de la cordillera. Ese lugar había sido abandonado por todos los habitantes, que se habían unido al ejército del Inca. Siguieron los españoles su camino a través de un territorio de llanuras arenosas entrecortados por anchos campos de verdura, regadas por corrientes naturales y con gran número de canales. Así llegaron a orilla de un ancho río que cruzaron mediante una especie de puente flotante que construyeron con madera de los árboles

vecinos. A su paso todos los indios huían aterrados. Sin embargo, lograron prender a uno y se enteraron por su confesión, arrancada valiéndose de torturas, que Atahualpa estaba acampado con toda su fuerza, dividida en tres partes, en la parte elevada del Caxamalca. Añadió que el Inca sabía que se acercaban los españoles y los atraía hacia el interior del imperio para dominarlos más fácilmente.

Al cabo de tres días de viaje, llegaron a una inmensa mole montañosa, tras la cual se hallaba la antigua ciudad de Caxamalca. Se levantaban ante ellos los Andes estupendos, con sus faldas cubiertas de bosques siempre verdes, sus terraplenes de tierra cultivada y las chozas indígenas prendidas a las laderas. En las cimas, los rayos del sol no conseguían diluir la enorme masa de nieve.

La marcha de los españoles se vió obstaculizada por esas montañas. Debían penetrar por estrechos y peligrosos pasos para llegar al otro lado. A la derecha se veía un camino llano y ancho, guardado de árboles sombríos, por el que sólo cabían dos carruajes. Era uno de los grandes caminos que iban a parar al Cuzco. Algunos de los soldados opinaban que debían ir por ese camino, abandonando

la idea de dirigirse a Caxamalca. Pero no pensaba lo mismo Pizarro.

Los españoles, decía el capitán español, habían anunciado que querían visitar al Inca en su campamento. Seguir ahora en otra dirección equivaldría a pasar por cobardes y que Atahualpa los mirase con desprecio. No quedaba otra alternativa que marchar en línea recta a través de las montañas.

Antes de emprender el peligroso paso, el intrépido Pizarro dirigió a sus hombres una ardiente arenga. “Que todos — dijo — cobren ánimos y avancen como buenos soldados, porque en los grandes riesgos siempre combate Dios con los suyos”.

Los soldados, entusiasmados con las palabras de su valiente capitán, le respondieron:

—“Guiadnos por donde os parezca más conveniente. Os seguiremos con buena voluntad y ya veréis cómo sabemos cumplir con nuestra obligación en servicio de Dios y del rey”.

Toda indecisión había desaparecido. Un grupo insignificante de héroes se disponía a conquistar a un imperio poderoso. La confianza en su jefe multiplicaba por mil sus energías.

VIII

LA VISITA AL INCA

AQUELLA misma noche Pizarro celebró consejo con sus oficiales. Quedó convenido que él mandaría la vanguardia, compuesta de cuarenta caballos y sesenta hombres de a pie, para reconocer el terreno, mientras el resto de la fuerza, bajo la dirección de su hermano Hernando, seguiría en la posición en que estaban hasta nuevo orden.

Al amanecer ya se hallaban el capitán español y sus hombres sobre las armas. Las dificultades que encontraron en el camino fueron enormes. El sendero era tan perpendicular que los jinetes se veían obligados a desmontar y llevar los caballos de la brida.

En muchos de esos desfiladeros podían ocultarse hombres que los atacaran y, por eso, marchaban con sumo cuidado. Su temor creció cuando en la cumbre de una garganta estrecha descubrieron una gran obra que se asemejaba a una fortaleza que parecía amenazar a los invasores. Al acercarse a ella casi esperaban ver aparecer en sus almenas a los guerreros peruanos y recibir en sus escudos una tormenta de proyectiles, pero el alma les volvió al cuerpo cuando se apercibieron que el edificio estaba deshabitado. Pizarro se convenció entonces de que el monarca indio no quería impedir su marcha y se decidió a ordenar a su hermano Hernando que lo siguiese sin tardanza.

Más adelante se encontraron con una fortaleza más fuerte y grande que la anterior, construída en la peña viva. Allí pasaron la noche. Al día siguiente, sin esperar que se les uniese Hernando y su gente, emprendieron de nuevo la expedición.

Al fin arribaron a la cumbre de la cordillera. La tierra era estéril, como sucede donde abundan los minerales, y estaban muy cerca de las famosas minas de Caxamalca. Se detuvieron a esperar a sus compañeros. Encendieron fuego y se dispusieron a descansar después de una fatigosa marcha.

No habían permanecido mucho tiempo en este punto cuando llegó un emisario del Inca. Les anunció que pronto llegaría una embajada especial de Atahualpa. Entretanto arribó Hernando con sus soldados.

No tardó mucho en presentarse ante los españoles la anunciada embajada. Traían algunas llamas de regalo para Pizarro y el encargo de averiguar cuándo llegaría a Caxamalca, a fin de prepararle un alojamiento digno.

Como el embajador indio se jactaba, en términos pomposos, de las hazañas militares y de los recursos de su soberano, Pizarro creyó conveniente manifestarle que nada de eso le asustaba. "Tu monarca — añadió — es tan inferior al mío, como el más inferior de sus súbditos indios lo es a él".

A la mañana siguiente, muy temprano, volvieron las tropas a emprender su camino. Poco después vino a su encuentro otra nueva embajada de Atahualpa que traía de regalo también llamas. Pero, usaba un extraordinario lujo y pompa, bebiendo "chicha", o sea jugo fermentado de maíz, en copas de oro que servían criados.

Estaban conversando los españoles con los embajadores del Inca, cuando arribó un indio que Pi-

zarro había enviado como espía a Caxamalca. El indio dijo que no había duda sobre las intenciones hostiles de Atahualpa, quien se hallaba rodeado de un poderoso ejército, en un campamento muy fortificado, mientras la ciudad había sido completamente evacuada.

Los embajadores le dijeron que todo eso era explicable y que Pizarro no tenía motivos de alarma. El Inca se hallaba empeñado en una guerra importante y por eso los habitantes habían abandonado la ciudad de Caxamalca. La explicación, aunque ingeniosa, no conformó al capitán español, que estaba perfectamente convencido de la astucia del príncipe indio. Simulando creer sus palabras despidió a los embajadores y les prometió presentarse en breve ante su soberano.

La bajada de la montaña presentó tantas dificultades como la subida. Con no poca satisfacción avistaron al séptimo día de marcha el valle de Caxamalca.

Un ancho río serpenteaba entre las sementeras. Los campos, divididos por cercos verdes, semejabán un tablero con trozos de diferentes colores. Como a una legua de distancia se percibían algunas columnas de humo; eran los famosos baños ca-

lientes tan frecuentados por los Incas. A lo largo y ancho del declive de las montañas los ojos de los españoles vieron un gran número de tiendas de campaña blancas, como copos de nieve, que se extendían a varias millas. "Eran tantas las tiendas, escribió más tarde uno de los conquistadores, que tuvimos hartos espanto".

No sabemos qué impresión produjo en el monarca indio descubrir la cabalgata marcial de los cristianos, adelantándose con banderas desplegadas y con brillantes cotas en que se reflejaba el sol. Pero es indudable que no debía sentirse muy tranquilo al ver a esos misteriosos extranjeros dueños de la pólvora y montados en seres tan extraños como los caballos.

Pizarro formó su pequeño cuerpo en tres divisiones y marchó hacia adelante con paso mesurado y en orden de batalla. Nadie salió a recibirlo. La ciudad estaba desierta. Las casas estaban construídas con arcilla endurecida al sol y los techos de paja o madera. Algunas eran de piedra, como el convento de las Vírgenes del Sol y un templo.

Era la tarde del 15 de noviembre de 1532 cuando los conquistadores penetraron en Caxamalca. Comenzaba a llover y caer granizo. Pizarro, em-

pero, tenía tales ansias de averiguar las intenciones del Inca, que resolvió enviarle inmediatamente una embajada a su campamento. Eligió a Hernando de Soto con quince jinetes, a los que luego se les agregó Hernando Pizarro con veinte jinetes más, para esa delicada misión.

Entre la ciudad y el campamento imperial existía una calzada muy sólida. Por ella galopó la caballería y, antes de haber andado una legua, llegó frente al campamento del monarca, que se extendía sobre el declive de las montañas. Las lanzas de los guerreros estaban clavadas en tierra delante de sus tiendas y los soldados indios contemplaban con asombro y en silencio a los cristianos, que con ruido de armas y trompetas desfilaban rápidamente, como si fueran una terrible aparición, traída por el viento.

El destacamento llegó en breve a un ancho pero poco profundo arroyo que serpenteaba por la pradera. Los españoles desconfiaron del puente de madera que los atravesaba y resolvieron pasarlo a vado. Un batallón de guerreros indios estaba formado del otro lado, pero no les causó la menor molestia. Uno de los indios les indicó inmediatamente dónde se hallaba el Inca.

Era un patio abierto, con una edificio o casa de recreo en el centro, rodeada de corredores que por detrás miraban al jardín. Las paredes estaban cubiertas con una especie de estuco brillante, blanco y de color. En el espacio abierto delante del edificio había un estanque de piedra, al que venían a parar acueductos que lo surtían de agua caliente y fría. Aun hoy se conserva una especie de tina de piedra labrada que se conoce con el nombre de "baño del Inca".

El patio estaba lleno de indios nobles y de mujeres de la casa real. En medio de esa brillante reunión no era difícil distinguir a Atahualpa, aunque su traje era más sencillo que el de sus cortesanos. Pero le caía sobre la frente la borla encarnada, distintivo de los monarcas indios. Estaba sentado en un banco bajo y sus oficiales se hallaban de pie a su alrededor, con gran ceremonia. ..

Hernando Pizarro y Hernando de Soto, con dos o tres de los soldados que los acompañaban, se acercaron lentamente a caballo hasta colocarse frente al Inca. El primero, sin desmontar, dijo a Atahualpa que venía como embajador de su hermano, comandante de los españoles, a poner en su conocimiento que había llegado a Caxamalca. Le

informó que eran súbditos de un poderoso príncipe que vivía más allá del océano y que venían atraídos por la fama de sus grandes victorias a ofrecerle sus servicios y transmitirle la verdadera religión. Lo invitó, finalmente, a visitar a los españoles en su residencia de esos momentos.

El Inca no respondió una sola palabra ni hizo un solo gesto que denotara haber comprendido las frases que el intérprete indio Felipillo le tradujo. Guardaba un silencio absoluto, con los ojos fijos en tierra. Sólo habló uno de sus oficiales y dijo dos palabras: "Bien está". La situación de los españoles era sumamente embarazosa, porque ignoraban las verdaderas intenciones del monarca indio.

Pero Hernando Pizarro volvió a hablar en términos corteses y respetuosos, suplicando al Inca que respondiese. Atahualpa lo miró entonces sonriendo y dijo:

"Decid a ese capitán que os envía acá que estoy de ayuno y lo acabaré mañana por la mañana, que una vez que haya bebido iré con mis principales a visitarlo, y que se aposente en las casas comunes de la plaza y que no entre en ninguna otra hasta que yo vaya".

Hernando de Soto era el mejor montado y quizá el mejor jinete de la falange conquistadora. Observando que Atahualpa examinaba con cierto interés el fogoso caballo que tenía delante tascando el freno y pateando con la impaciencia natural de un caballo de guerra, le metió espuelas y echó a correr a todo escape por la llanura. Luego le hizo describir varios círculos y lo hizo parar de repente tan cerca de la persona del Inca que parte de la espuma del brioso animal salpicó su traje. Pero Atahualpa se mantuvo en su apostura marcial, aunque algunos de los soldados indios se asustaron y echaron a correr. Se dice que el monarca les hizo quitar la vida esa noche misma por haber demostrado debilidad en presencia de los extranjeros. En seguida los criados del monarca ofrecieron algunas cosas de comer a los españoles que éstos no aceptaron por no querer desmontar. En cambio bebieron un poco de chicha, servida en vasos de oro de un tamaño extraordinario, por las mujeres del harem imperial. Despidiéndose después respetuosamente regresaron a Caxamalca.

La visita llenó de tristeza e indecisión el ánimo de los españoles. Al comparar la grandiosidad de lo que habían visto con su pequeña y aislada

fuerza se dieron cuenta de que no habían obrado con prudencia al avanzar solos hasta el centro de tan formidable imperio. El abatimiento se comunicó a todos los soldados. Sin embargo, había un corazón realmente heroico que no conocía el miedo ni la indecisión: era el corazón de Francisco Pizarro.

El valiente capitán estaba lleno de regocijo al ver que habían llegado hasta donde se proponía. Otra vez se propuso levantar el espíritu caído de sus soldados, y como sabía que éstos obraban a impulsos del entusiasmo religioso, les dijo que estando el brazo de Dios al lado de los españoles, el número era cuestión secundaria.

Llamó después a consejo a sus oficiales para discutir el plan de operaciones o, más bien, para proponerles el proyecto fantástico cuya ejecución había decidido. Consistía en preparar una celada al Inca y tomarlo prisionero delante de todo su ejército. El proyecto era peligrosísimo y casi desesperado. Pero también eran desesperadas las circunstancias en que se hallaban.

En este atrevido proyecto del capitán español era fácil ver el deseo de imitar la brillante haza-

ña de Cortés cuando prendió al monarca azteca en su capital.

Concertados los planes para el día siguiente, Pizarro se preocupó de asegurar la vida de su gente durante la noche. Puso centinelas en lo alto de la fortaleza desde donde debían vigilar la posición del enemigo y dar cuenta del menor movimiento peligroso. Luego se fué a dormir con el ánimo tranquilo, como si pocas horas más tarde no debiera realizar una de las hazañas más maravillosas de todos los siglos.

IX

LA PRISION DEL INCA

EL sábado 16 de noviembre de 1532 fué el día más memorable en los anales de la conquista del Perú. Al agudo sonido de la trompeta despertaron los españoles dispuestos a secundar los planes de su gran capitán.

Pizarro últimó los preparativos. En los pequeños edificios de la plaza ubicó dos divisiones de caballería bajo las órdenes de su hermano Hernando y de Soto. Situó la infantería en otro edificio. Pedro de Candia con unos cuantos soldados se estableció en la fortaleza llevando dos pequeñas piezas de artillería llamadas "falconetes".

Todos recibieron órdenes de permanecer en sus puestos hasta la llegada del Inca. Cuando en-

trase en la gran plaza, debían permanecer ocultos hasta que se diese la señal consistente en un tiro de arcabuz. Entonces con grandes gritos de guerra debían salir de sus edificios, caer espada en mano sobre los peruanos y apoderarse de la persona del Inca.

Ya era muy entrado el día cuando se observó movimiento en el campamento peruano. Se recibió un mensaje de Atahualpa informando que iría a visitar al jefe español acompañado de sus guerreiros armados. Esta última noticia no era muy agradable para Pizarro, mas no podía oponerse a los deseos del Inca sin despertar sus sospechas.

A eso del mediodía la comitiva de indios se puso en marcha. Al frente venían numerosos criados cuya función consistía en limpiar el camino. Sobre el conjunto sobresalía el Inca, conducido en hombros por sus principales nobles, mientras otros marchaban a los lados de su litera, desplegando tan brillantes ornamentos que, al decir de un conquistador, "relucían como el sol". La mayor parte de las tropas indias estaban formadas a ambos lados del camino o esparcidas por los anchos prados hasta perderse de vista.

Cuando la real comitiva llegó más o menos a

media milla de la ciudad se detuvo y Atahualpa envió un delegado comunicando a Pizarro que en ese sitio pasaría la noche y que recién al día siguiente entraría en la ciudad.

Esa noticia disgustó mucho a Pizarro que participaba de la impaciencia general de su gente al ver la poca celeridad con que se movían los indios. Respondió, por consiguiente, rogando a Atahualpa que cambiase de parecer, puesto que tenía preparado todo lo necesario para recibirle y obsequiarle, y que le esperaba a cenar esa misma noche.

El mensaje hizo mudar al Inca de intención y levantando sus tiendas volvió a emprender la marcha, avisando previamente a Pizarro que dejaría la mayor parte de sus guerreros y sólo entraría en la plaza con algunos hombres desarmados. Los españoles creyeron que únicamente un milagro podía prepararles las cosas tan a pedir de boca.

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la vanguardia de la comitiva real entró por las puertas de la ciudad. Primero venían algunos centenares de criados que cantaban himnos. Después seguían otras compañías de indios vestidos con diferentes

libreas. Sobresaliendo por encima de la vistosa comitiva aparecía el Inca conducido sobre una anda en que había un trono de oro macizo. Colgaba de su cuello un collar de esmeraldas de brillo y tamaño extraordinarios. En su cabello corto llevaba adornos de oro y sobre sus sienes caía la borla imperial. El aspecto del Inca era grave y majestuoso. Desde su elevada posición contemplaba a la multitud como hombre acostumbrado a mandar.

Al entrar las primeras filas de la procesión en la gran plaza todos se abrieron a izquierda y derecha para dejar paso al monarca. Ni un solo español se dejaba ver. Después que hubieron entrado unos cinco o seis mil indios, Atahualpa, dirigiendo a uno y otro lado curiosas miradas, preguntó:

—¿Dónde están los extranjeros?

En ese momento, fray Vicente de Valverde, sacerdote dominico, capellán de Pizarro y obispo de Cuzco más tarde, se adelantó con su breviario en una mano y una cruz en la otra. Acercándose al Inca le dijo que venía a explicarle las doctrinas de la verdadera fe, para cuyo fin habían venido los españoles desde lejanas tierras. Añadió que uno de los últimos papas había comisionado al em-

perador español, el monarca más poderoso del mundo, para conquistar y convertir a los naturales del hemisferio occidental, y que su general Francisco Pizarro había venido a ejecutar tan importante misión. Concluyó pidiéndole que abjurase los errores de su fe y abrazase la de los cristianos, única que podía salvar su alma, y que se reconociese tributario del emperador Carlos V.

El intérprete Felipillo se encargó de hacer conocer esas palabras al monarca peruano. Al enterarse éste que se le pedía renunciase a su cetro y admitiese la supremacía de otro emperador, sus ojos centellearon y frunciendo el ceño respondió:

—No quiero ser tributario de ningún hombre. Soy superior a cualquier otro príncipe de la tierra. Vuestro emperador puede ser un gran príncipe y quiero tratarlo como hermano.

Después preguntó a Valverde con qué autoridad le decía aquellas cosas, a lo cual respondió el fraile mostrándole el libro que tenía en la mano. Lo tomó Atahualpa, volvió algunas páginas y lo arrojó luego en tierra exclamando:

—Di a tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios y que no me irá de

aquí sin haber obtenido plena satisfacción de los agravios que me han hecho.

Escandalizado Valverde por el ultraje hecho al libro sagrado, lo alzó del suelo y corrió a informar a Pizarro de lo acontecido.

Pizarro creyó llegada la hora. Agitó una bandera blanca en el aire y partió el fatal tiro de la fortaleza. El capitán y sus oficiales lanzaron el grito de guerra “¡Santiago y a ellos!” y todos los soldados salieron impetuosamente de los sitios en que estaban ocultos y se arrojaron en medio de la muchedumbre de indios. Estos, sorprendidos y aturridos por el ruido de la artillería y arcabucearía, no sabían dónde huir.

Los españoles repartían golpes a diestra y siniestra. El monarca indio vió caer a su alrededor a sus más fieles vasallos, sin comprender qué sucedía. La litera en que iba andaba de un lado a otro. Al fin los españoles cansados de su obra de destrucción y temiendo que Atahualpa se escapara, intentaron quitarle la vida. Pero Pizarro, que estaba cerca de su persona, gritó con voz estentórea:

“El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al Inca”, y extendiendo el brazo para pro-

tegerle fué herido en la mano por uno de sus soldados. Esta fué la única herida que los españoles tuvieron en la acción.

Entonces la pelea se renovó con mayor furor en torno de la regia litera, la que se bamboleaba cada vez más hasta que al fin, muertos muchos de los nobles que la sostenían, cayó y el Inca se hubiera dado un gran golpe en el suelo, si Pizarro y algunos de los suyos no lo hubiesen sostenido en sus brazos. La borla imperial fué arrancada inmediatamente de las sienes de Atahualpa por un soldado de apellido Estete y el desgraciado monarca fué trasladado a un edificio cercano donde se lo puso bajo la mayor vigilancia.

Cesó, una vez capturado el Inca, toda tentativa de resistencia. Cundió la alarma también entre los soldados acampados en las inmediaciones, los que al conocer la fatal noticia dieron a huir por todos lados, perseguidos por los españoles, que no les daban tregua ni tenían misericordia. Al llegar la noche las tropas de Pizarro se reunieron otra vez al toque de trompeta en la sangrienta plaza de Caxamalca.

Existe discrepancia con respecto al número de muertos. El secretario de Pizarro los calculó en

dos mil. Un descendiente de los Incas los hace llegar a diez mil. La verdad debe estar entre esos dos extremos.

Aquella noche Pizarro cumplió la promesa de cenar con el Inca. Se sirvió el banquete en una de las cuadras ubicadas frente a la plaza, teatro pocas horas antes de la acción y cubierta todavía con los cadáveres de los vasallos del monarca indio.

Atahualpa se sentó al lado de su vencedor. Parecía no comprender la gravedad de su situación o, si la comprendía, dió pruebas de una gran fuerza de espíritu. "Estas son vicisitudes de la guerra", dijo, y si hemos de dar crédito a los españoles, manifestó su admiración por la destreza con que habían logrado hacerle prisionero en medio de sus tropas. La conversación con el Inca fué mantenida por medio del intérprete Felipillo, joven malicioso que, según parece, no lo veía con simpatía y daba a sus palabras un sentido interesado.

Atahualpa tenía entonces treinta años de edad. Era bien formado y más robusto de lo que ordinariamente son los indios. Su frente era ancha y su rostro podía ser considerado hermoso si los ojos



La pelea se renovó con mayor furor.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

sanguinolentos no le dieran una expresión de ferocidad. Era resuelto en su lenguaje, grave en sus maneras y duro hasta la severidad con sus vasallos, si bien con los españoles se mostró afable y hasta se permitió algunos chistes.

Trató Pizarro con mucha consideración a su regio cautivo y procuró consolarlo de sus tristezas. Le aconsejó que no se dejase abatir por los reveses, porque la misma suerte que él habían tenido todos los príncipes que se resistieron a los españoles. Le dijo que había llegado a aquel país para proclamar el evangelio y que no era ninguna maravilla su victoria, puesto que el cielo lo protegía.

A la mañana siguiente, el primer cuidado del jefe español fué mandar limpiar la ciudad de todas sus impurezas. Los prisioneros, que eran muchos, se emplearon en retirar los muertos y darles sepultura. Después despachó una partida como de treinta jinetes al campamento últimamente ocupado por Atahualpa en los baños, con la misión de tomar posesión del resto del botín y dispersar a las fuerzas indias que quedaban.

Antes de mediodía regresó el destacamento trayendo una gran multitud de mujeres y hombres,

entre los que figuraban las esposas y criadas del Inca.

El número de prisioneros indios era tan grande que algunos de los conquistadores propusieron matarlos a todos o, por lo menos, cortarles las manos para evitar que se entregasen a actos de violencia. Pizarro desechó, desde luego, esas ideas descabelladas y aseguró a los indios que no se les haría ningún daño, mientras no se resistieran a los españoles. Quedaron, sin embargo, los soldados invasores con tan gran número de ellos, que hasta el de más inferior graduación disponía de más criados que el noble más rico y gastador.

Los españoles encontraron inmensos rebaños de llamas custodiadas por sus correspondientes pastores en las inmediaciones de los baños y destinados al consumo de la corte incaica. A muchos de ellos se los dejó vagar por sus montañas, aunque Pizarro mandó reservar una buena parte para el abastecimiento de su ejército. Lo cierto es que los españoles comenzaron a destruirlos con tan poca previsión que en pocos años los soberbios rebaños mantenidos con tanto cuidado por el Inca desaparecieron casi por completo.

La partida enviada a saquear la quinta del In-

ca trajo un rico botín de plata y oro que consistía principalmente en vajilla, cuyas piezas admiraron a los españoles por su tamaño y peso. Todo esto, así como una grandes esmeraldas halladas en el mismo sitio y las alhajas que encontraron en los cadáveres de los indios nobles, fueron puestos en lugar seguro para ser después repartidos. En Caxamalca hallaron también géneros de algodón y lana muy superiores por la finura del tejido y los colores. Las piezas de género fueron colocadas una sobre otra y llegaban hasta los techos de los edificios.

X

EL RESCATE DE ATAHUALPA

NO tardó en descubrir Atahualpa que los españoles estaban dominados por una inextinguible sed de oro. Por otra parte, temía que su hermano Huáscar aprovechara su prisión para ponerse al frente del imperio. Resolvió, entonces, hacer la siguiente propuesta a Pizarro: “Si me dan la libertad — le dijo, — me comprometo a cubrir de oro todo el piso de este aposento”. Los que se hallaban presentes escucharon esas palabras con sonrisas incrédulas. El Inca, tocado en su amor propio, añadió que no solamente cubriría el piso, sino que llenaría el cuarto hasta una raya que señaló con la mano en la pared.

Pizarro, dándose cuenta de la sinceridad de la

promesa, la aceptó e hizo que un escribano tomara nota de la misma. El aposento era de unos diecisiete pies de ancho por veintidós de largo, y la línea que se trazó en las paredes marcaba una altura de nueve pies. Este espacio debía llenarse con oro, pero no fundido ni en barras, sino en la forma original de los objetos, para que el Inca tuviese el beneficio de los huecos. Se convino también que se llenase dos veces de plata el cuarto vecino que era de menores dimensiones. Atahualpa pidió dos meses para cumplir este contrato.

No bien se selló el pacto, el Inca envió emisarios al Cuzco y a las principales ciudades del imperio, con orden de traer sin pérdida de tiempo a Caxamalca todos los ornamentos y utensilios de oro de los reales palacios, templos y edificios públicos. Entretanto, siguió viviendo con los españoles, tratado con el respeto debido a su categoría y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitía salir, podía pasearse por sus habitaciones bajo la vigilancia de un guardia permanente.

Sus vasallos tenían libre acceso hasta él y todos los días recibía visitas de indios nobles que le ofrecían regalos y lamentaban su triste suerte. Se acer-

caban al monarca sin sandalias y llevando peso en las espaldas en señal de respeto y sumisión. Tantos acudían que al fin los españoles entraron en sospechas. En efecto, no descuidaba el Inca los asuntos más vitales de su reino, especialmente los pasos que daba su hermano.

Huáscar, que estaba encerrado en una fortaleza desde que Atahualpa lo venció, al enterarse de lo que a éste le había sucedido, envió un mensaje a Pizarro, diciéndole que si lo libertaba le daría mucho más oro que el prometido por su hermano. Agregaba, para convencerlo, que Atahualpa nunca había residido en el Cuzco y, por consiguiente, ignoraba dónde se ocultaba el oro.

Pizarro trató, entonces, de traer a Huáscar hasta Caxamalca y enfrentar a los dos hermanos, resolviendo el pleito y dictaminando a quién le correspondía el imperio.

Tuvo aviso secreto Atahualpa de lo que se tramaba y resolvió, sin mayores vacilaciones, eliminar a su rival. Sus órdenes fueron ejecutadas inmediatamente. El desgraciado príncipe Huáscar, legítimo heredero del trono de los Incas, fué ahogado en el río Andamarca, en la flor de la edad,

cuando se preparaba a luchar por el trono que su feroz hermano le había quitado.

Comenzaron a circular rumores entre los españoles de que se preparaba una gran sublevación indígena. Atahualpa se valía de los mensajeros enviados por el oro, según esos rumores, para tomar contacto con sus súbditos más lejanos y organizar la rebelión.

Pizarro comunicó al Inca todo esto. “Ni uno solo de mis vasallos — le respondió éste — se atreverá a presentarse armado ni a levantar un dedo sin orden mía. Me tenéis en vuestro poder; mi vida está a vuestra disposición. ¿Qué mejor garantía podéis tener de mi fidelidad?”. Y añadió en seguida:

“Pero podéis satisfaceros enviando alguno de vuestros soldados al Cuzco. Yo le daré un salvoconducto y allí podrá ver que no se prepara ningún movimiento hostil”.

Pizarro, deseoso de tener noticias más auténticas del estado del país, aceptó la oferta.

Antes de la partida de esos emisarios, el capitán había despachado a su hermano Hernando con unos veinte jinetes y un pequeño cuerpo de infantería con orden de reconocer el país y llegar hasta

la ciudad de Guamachucho. Hernando, después de haber visitado esta última ciudad, recibió órdenes de su hermano de llegarse hasta Pachacamac, población de la costa ubicada a cien leguas de Caxamalca.

Había en dicho punto un gran templo consagrado al dios Pachacamac, a quien los indios peruanos reverenciaban como creador del mundo. El santuario era uno de los más opulentos de la tierra. De las cuatro partes del vasto imperio incaico — llamado por los indios “Tauantisuyu” — llegaban ofrendas y, Atahualpa, deseoso de cumplir con su promesa lo antes posible, le indicó a Pizarro que mandara a su gente en esa dirección.

Después de varias semanas de viaje, arribó Hernando con su gente a la entrada de la ciudad de Pachamacac. Era ésta muy populosa y sus edificios sólidamente construídos. El templo era un vasto edificio de piedra o, más bien, un conjunto de edificios agrupados en torno a una colina en forma de cono. El techo era de delgada paja, cosa corriente en todo el país, donde pocas veces llueve y era necesario resguardarse de los rayos del sol.

Al presentarse Hernando a la entrada del templo los guardias le impidieron el paso. Pero él re-

chazó a los indios y subió la escalera circular que conducía a una plataforma en la cima del monte, en uno de cuyos extremos había una especie de capillita. La puerta estaba guarnecida con adornos de cristal, con turquesas y con pedacitos de coral. Los indios trataron nuevamente de disuadir a Hernando de su propósito de violar el sagrado recinto, cuando en ese momento preciso se produjo un terremoto que atemorizó tanto, a uno y a otros, que todos huyeron.

Repuestos de la impresión, Hernando y su gente echaron abajo la puerta y entraron. Pensaban hallar un salón lleno de oro, pero no fué así. Se encontraron en un cuarto o, más bien, en una cueva pequeña y oscura, cuyo piso y paredes exhalaban los olores más repugnantes, como si se tratase de un matadero. Era el lugar de los sacrificios. Descubrieron, sin embargo, unas cuantas piezas de oro y algunas esmeraldas en el suelo y, una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguieron a la figura del ídolo. Era un monstruo construído de madera y con la cabeza de hombre.

Los españoles arrancaron de su lugar a esa figura y la hicieron mil pedazos. Luego purificaron

el aposento y colocaron una cruz hecha con piedra y yeso.

Mientras estaban en Pachacamac, Hernando y su gente averiguaron que en la ciudad de Xauxa, ubicada a gran distancia entre las montañas, el cacique Chalcuchina, general de Atahualpa, estaba preparando un gran ejército para atacarlos. Los españoles concibieron, entonces, el arriesgado proyecto de ir al encuentro de ese jefe y apresarlos. Y así lo hicieron.

Para comenzar, resolvieron herrar sus caballos. Como no disponían de hierro, lo hicieron con herraduras de plata.

Xauxa era una ciudad grande y muy poblada. Hernando Pizarro penetró en ella y le propuso a Chalcuchina dirigirse con él hasta donde estaba Atahualpa. Así lo hizo el jefe indio.

Entretanto, Francisco Pizarro había enviado tres emisarios al Cuzco, de acuerdo a los deseos del Inca. Esos emisarios también regresaron, después de haber visitado al famoso templo del Sol. Estaban maravillados. Jamás habían visto tantas riquezas. Todo estaba cubierto de planchas de oro. El número de las planchas que sacaron y llevaron a su capitán no bajó de setecientas. Además se

apoderaron de una enorme cantidad de objetos de plata y oro.

Poco antes de que ambas expediciones regresaran se produjo un suceso de importancia: Almagro, con gran refuerzo de tropas llegó a Caxamalca. Peres, uno de los miembros de su ejército, le había escrito a Pizarro durante el viaje informándole que su socio no venía con la intención de ayudarlo, sino para constituir un gobierno independiente.

Pizarro no hizo caso de esos informes. Los dos capitanes se abrazaron al encontrarse y hubo gran regocijo de parte de las fuerzas de uno y otro.

Atahualpa se llenó de tristeza al ver el aumento de las fuerzas de sus enemigos. Un día vió en el cielo un meteoro o cometa, y enseñándoselo a los españoles les dijo que esa era la señal de su próxima muerte, pues algo semejante aconteció antes de la desaparición de Huayna Capac, su padre. Desde entonces se encerró en el más absoluto mutismo y dió pruebas de una extraña amargura.

Los soldados de Pizarro y Almagro se prepararon a repartirse el botín. Es cierto que no se había llegado aún a la cantidad prometida por el Inca, pero la impaciencia era tanta que resolvieron no

esperar. Se encargó a algunos plateros indios la tarea de fundir todos los objetos y reducirlos a barras de oro y plata. Luego se verificó su peso. La suma total del oro llegó a ser de un millón tresciento veintiséis mil quinientos treinta y nueve pesos oro, lo cual era muchísimo, si se tiene en cuenta el mayor valor de la moneda en aquella época. La historia no ofrece ejemplo de botín tan cuantioso conquistado por una pequeña tropa de aventureros.

Se produjo una nueva dificultad cuando se trató del reparto del botín. Los soldados de Almagro se creían con tanto derecho como los de Pizarro. "Verdad, es — decían, — que no nos hemos hallado en la captura del Inca, pero en cambio os hemos ayudado a guardar y defender el tesoro. Nuestra causa es común y, por lo tanto, también debe serlo la ganancia". Los soldados de Pizarro no estaban dispuestos, sin embargo, a dividir el botín con los recién llegados. Finalmente se convino entre los capitanes que los soldados de Almagro desistieran de sus pretensiones, recibiendo en cambio una pequeña suma.

Arreglado así en forma amistosa ese delicado

negocio, Pizarro preparó con toda solemnidad la distribución del tesoro. Dedujo primero la quinta parte para el rey de España. Guardó para sí cincuenta y siete mil doscientos veintidós pesos oro y dos mil tresciento cincuenta marcos plata, además de la gran silla o trono del Inca, toda de oro macizo, evaluada en veinticinco mil pesos oro. Entregó a su hermano Hernando treinta y un mil ochocientos pesos oro y dos mil trescientos cincuenta marcos plata, y a Soto quince mil setecientos cuarenta pesos oro y setecientos veinticuatro plata. Los restantes caballeros, que eran sesenta, recibieron cada uno ocho mil ochocientos pesos oro y trescientos sesenta y dos marcos plata, aunque algunos obtuvieron más y otros menos. La infantería se componía de ciento cinco hombres. Casi la quinta parte, recibieron cada uno cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos oro y ciento ochenta marcos plata, es decir, la mitad de lo que les tocó a los caballeros. Los restantes recibieron una cuarta parte menos.

A los soldados de Almagro se les asignó en total veinte mil pesos oro, y quince mil pesos oro a los habitantes de San Miguel.

Terminada la repartición del tesoro ya no quedaba ningún obstáculo que impidiera la prosecución de las operaciones hasta el Cuzco.

XI

LA MUERTE DEL INCA

ANTES de seguir adelante, a los conquistadores se les planteaba una cuestión que no dejaba de tener su importancia: ¿qué iban a hacer con Atahualpa?

Darle la libertad sería armar a un peligroso enemigo, a un hombre cuyo nacimiento y categoría le permitía reunir en torno suyo a toda la nación. Sin embargo, tenerlo cautivo ofrecía también sus dificultades, pues la custodia de tan importante preso exigía mucha gente y era muy difícil evitar que fuese rescatado al cruzar los pasos de las montañas.

El Inca reclamaba de continuo su libertad. No había completado todavía el pago del rescate, ni

parecía que fuese posible, dadas las resistencias que oponían los encargados del cuidado de los templos y el ocultamiento que se hacía de la mayor parte del oro y plata. De todos modos lo conseguido era mucho y Atahualpa exponía esta circunstancia a Hernando de Soto, de quien se hizo amigo.

Soto informó a Pizarro de la demanda del preso. Este le dió una respuesta evasiva, tratando de ocultar sus verdaderas intenciones. Poco tiempo después hizo que el escribano preparase un documento público, mediante el cual se eximía al Inca de toda obligación en cuanto al pago del rescate y mandó que ese documento fuese públicamente pregonado, declarando a la vez que la seguridad de los españoles exigía que Atahualpa permaneciese preso.

Entretanto comenzaron otra vez a correr rumores entre los soldados de un ataque que preparaban los indígenas. Todos repetían esos rumores y con la repetición iba tomando más crédito la noticia. Se decía que en Quito, patria de Atahualpa, se estaba reuniendo un inmenso ejército y que treinta mil caribes estaban ya en camino para aumentar sus filas. Los españoles suponían que los

caribes estaban diseminados por los diferentes puntos de América y les atribuían todos los horrores propios de una raza de caníbales.

No resultaba fácil descubrir de dónde partían esos rumores. En el campo español había gran número de indios que pertenecían al partido de Huáscar y que, por lo tanto, eran enemigos de Atahualpa. Pero, el más encarnizado de todos era el intérprete Felipillo. Este joven fué descubierto en una intriga con una de las mujeres del Inca. Al enterarse de ello éste, dijo que "le era todavía más doloroso que su prisión, el ultraje que había recibido de una persona de tan baja esfera y que por la ley peruana se expiaban tales insultos no solamente con la muerte del culpable, sino también con la eliminación de todos sus parientes". Pero Felipillo era persona demasiado importante en aquella empresa para que los españoles se decidieran a que se lo matara, sobre todo si se tiene en cuenta que todos, quien más quien menos, habían cometido el mismo delito. Felipillo se enteró de la irritación del Inca contra él y, desde ese momento, lo miró con odio mortal. Por desgracia encontró amplias oportunidades de satisfacer sus malas pasiones.

Los rumores relativos a la sublevación de los indios señalaban a Atahualpa como autor de la misma. Se tomó declaración a Chalcuchina, pero negó que su señor tuviese tal designio y afirmó que se lo calumniaba. Entonces Pizarro interrogó al Inca. “¿Qué traición es ésta, le dijo, que meditas contra mí que te he tratado siempre con consideración, confiando en tus palabras como en las de un hermano?”. “¿Te burlas de mí?”, le respondió el Inca. “No te burles. ¿Cómo podremos yo y mi gente enojar a tan valientes soldados como vosotros?”.

Era, sin duda, sincero Atahualpa. Vió los grandes peligros que corría en medio de extranjeros de ninguno de los cuales podía esperar consejo o protección. La vida de un monarca cautivo es generalmente corta y el Inca debió pensar en el triste fin de su hermano Huáscar, por culpa suya.

“¿No soy, le dijo a Pizarro, un pobre cautivo en tus manos? ¿Cómo puedo abrigar los designios que me atribuyes sabiendo que sería la primera víctima de la insurrección? Poco conoces a mis vasallos si piensas que se moverán sin orden mía, pues si lo quiero ni las aves volarán en mi tierra”.

Las protestas de inocencia del Inca no produ-

jeron gran efecto entre la tropa. Los rumores ganaban crédito de hora en hora. Se decía que un gran ejército se concentraba en Guamachucho, a menos de cien millas del campamento, y que de un momento a otro atacaría. La vigilancia se aumentó. La infantería dormía sin abandonar las armas. Pizarro rondaba de cuando en cuando vigilando a los centinelas. El pequeño ejército se preparaba para rechazar el supuesto ataque.

Comenzaron a oírse terribles amenazas contra el Inca. Almagro y sus secuaces pedían muerte. Muchos eran los que compartían esos deseos.

Pero Pizarro no se dejó convencer. Junto con Hernando de Soto afirmaba que la culpabilidad de Atahualpa no estaba comprobada. La presión era, sin embargo, tan grande que el capitán español resolvió tomar dos medidas. La primera fué enviar a Soto con un pequeño destacamento a que explorase el territorio hasta Guamachucho. La segunda formar juicio a Atahualpa.

Se organizó un tribunal presidido por Pizarro y Almagro en calidad de jueces. Se nombró un fiscal y un defensor.

Doce cargos se le hicieron al preso. Los más importantes eran que había usurpado la corona

y asesinado a Huáscar, que había gastado las rentas públicas, que había cometido los crímenes de adulterio, pues tenía varias mujeres y que había tratado de sublevar a sus vasallos contra los españoles.

Los cargos eran tan absurdos que provocarían la risa sino excitasen un sentimiento más profundo. El último era el único que les interesaba a los acusadores. La simple enunciación de todos ellos demuestra que ya estaba decretada la suerte del Inca.

Se interrogaron a varios testigos y sus declaraciones, traducidas por Felipillo, se volvieron contra el acusado. Finalmente se lo consideró culpable y fué sentenciado a ser quemado vivo en la plaza de Caxamalca esa misma noche.

Algunos de los miembros de ese tribunal militar se opusieron a la sentencia. Declararon que eran insuficientes los testigos y que no tenían autoridad para condenar a un hombre de tan alta jerarquía en el centro mismo de sus dominios. Sólo el rey de España podía hacerlo. Como eran uno contra diez no triunfaron y la condena fué resuelta.

Cuando el Inca recibió notificación de la sen-



Atahualpa recobró su serenidad, sometiéndose a su destino con el valor de un guerrero indio.

tencia expresó gran pesadumbre y angustia, a pesar de que estaba preparado a ella. Derramando lágrimas se dirigió a Pizarro y le dijo:

“¿Qué he hecho yo, qué han hecho mis hijos para merecer tal suerte? Y sobre todo, ¿qué hemos hecho para merecerla de tus manos cuando tú no has encontrado más que amistad y afecto en mi pueblo, cuando he repartido mis tesoros y cuando de mí no has recibido más que beneficios?”.

Luego, en tono patético, suplicó que le perdonasen la vida, prometiendo dar todas las garantías que se le exigiesen para la seguridad de cada soldado español y ofreciendo doble rescate del que había pagado si se le daba tiempo para reunirlo.

Pizarro fué impresionado por esas palabras, a las que no podía acceder sin ponerse en contra de la voluntad del ejército y a su propia convicción. Atahualpa, viendo que no podía lograr que el conquistador desistiese de su propósito, recobró su habitual serenidad, sometiéndose a su destino con el valor de un guerrero indio.

Se publicó la sentencia a son de trompeta en la plaza de Caxamalca y dos horas más tarde los soldados se reunieron con antorchas para presenciar la ejecución. Era el 29 de agosto de 1533.

Atahualpa salió encadenado y a pie marchando lentamente hasta el lugar del suplicio. El padre Vicente de Valverde iba a su lado procurando consolarle y persuadirle de que abandonase sus creencias y se convirtiera al catolicismo. El desdichado monarca, cuando el sacerdote levantó la cruz, consintió en abjurar de su religión y recibir el bautismo. Se practicó la ceremonia y el neófito recibió el nombre de Juan de Atahualpa, en honor de San Juan Bautista, que era el santo de ese día.

El Inca manifestó el deseo de que sus restos fuesen trasladados a Quito y conservados en el sepulcro de sus antecesores por línea materna. Luego se volvió a Pizarro y le suplicó que tuviese compasión de sus jóvenes hijos y los recibiese bajo su protección. Recobró en seguida la serenidad estoica que por un momento había abandonado y se sometió tranquilo a la suerte, mientras los españoles entonaban el credo en torno suyo. Así pereció el último de los Incas como un vulgar malhechor.

El cuerpo de Atahualpa permaneció en el sitio de la ejecución toda la noche. A la mañana siguiente lo trasladaron a la iglesia de San Fran-

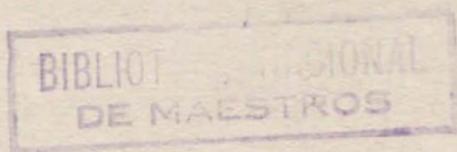
cisco, donde se celebraron sus exequias con gran solemnidad. Pizarro y sus principales caballeros asistieron de luto y las tropas escucharon con devota atención el oficio de difuntos que celebró el padre Valverde. De repente interrumpieron la ceremonia gritos y sollozos que se oyeron a la puerta de la iglesia y gran número de esposas y hermanas del muerto invadieron el templo, rodearon el cuerpo y declararon que querían morir también, acompañándolo al país de los espíritus. Los soldados trataron de sacarlas, pero muchas de ellas se suicidaron abriéndose las venas.

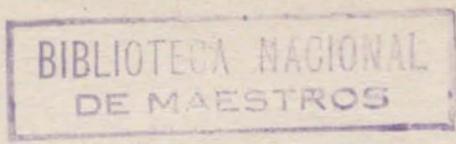
Uno o dos días después de estos trágicos sucesos regresó Hernando de Soto de su expedición. Grandes fueron su indignación y asombro al enterarse de lo que había sucedido en su ausencia. Buscó inmediatamente a Pizarro y lo halló, según un cronista, cubierto con un gran sombrero de fieltro por luto, calado hasta los ojos y dando muestras de mucho sentimiento.

“Habéis obrado con mucha imprudencia y temeridad — le dijo; — lo que se decía de Atahualpa era una infame calumnia, no había enemigos en Guamachucho ni señales de sublevación entre los indios. Todo lo he encontrado tranquilo

y en el camino no he recibido más que demostraciones de buena voluntad. Si era forzoso formar causa al Inca, debía habersele enviado a Castilla; yo mismo me hubiera comprometido a trasladarle con toda seguridad a bordo de un bajel”.

Ya era tarde. El Inca hubiese sido sacrificado de cualquier manera. Con su muerte desaparecía el obstáculo más importante para los planes de los conquistadores. Desde ese momento todo el vasto imperio les pertenecía.





INDICE

Guillermo Prescott	5
I Francisco Pizarro	7
II Primera expedición	15
III Un contrato famoso	31
IV Nuevos descubrimientos	47
V Tercera expedición	59
VI El Perú en la época de la conquista	71
VII Avance triunfal de los españoles	81
VIII La visita al Inca	93
IX La prisión del Inca	105
X El rescate de Atahualpa	117
XI La muerte del Inca	129

P
82-93
P4c

LITERATURA INFANTIL. CUEN

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º, COLECCION ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º, COLECCION VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º, COLECCION AZUL: obras, hechos y hombres de América.

Volúmenes publicados y en prensa:

COLECCIÓN ROJA

- | | |
|--|--|
| LA ILIADA | CUENTOS Y APOLOGOS DE |
| LA ODISEA | TOLSTOI |
| DON QUIJOTE DE | FABULAS DE IRIARTE |
| LA MANCHA | VIAJES DE GULLIVER |
| TRES OBRAS DE SHAKE-
SPEARE | LA CABAÑA DEL TIO TOM |
| TRES DRAMAS DE CAL-
DERON | LOS TRES MOSQUETEROS |
| CUATRO OBRAS DE WAGNER | EL JINETE SIN CABEZA, por
Maine Reid. |
| OLIVERIO TWIST, por Carlos
Dickens. | TRES COMEDIAS DE MO-
LIERE |

COLECCIÓN VERDE

- | | |
|------------------------|-----------------|
| GRANDES INVENTORES | CRISTOBAL COLON |
| GRANDES MUSICOS | MAGALLANES |
| GRANDES PINTORES | HERNAN CORTES |
| SANTA TERESA | MAHOMA |
| SAN FRANCISCO DE ASIS | NAPOLEON |
| SAN IGNACIO DE LOYOLA | PASTEUR |
| MARTIRES DE LA CIENCIA | CROMWELL |
| VIAJES DE MARCO POLO | CABEZA DE VACA |
| JUANA DE ARCO | |

COLECCIÓN AZUL

- | | |
|-----------------------------------|--|
| LINCOLN | UNA EXCURSION A LOS IN-
DIOS RANQUELES, por Lu-
cio V. Mansilla. |
| SAN MARTIN | MARTIN FIERRO |
| BOLIVAR | EL FAUSTO de Estanislao del
Campo. |
| 350 POESIAS PARA NIÑOS | MARIA, de Jorge Isaacs. |
| TEATRO INFANTIL | LA CONQUISTA DEL PERU |
| AMALIA | EL ULTIMO MOHICANO |
| LEYENDAS Y FABULAS GUA-
RANIES | |
| JUAREZ | |
| BUCHARDO | |

OBRAS DE
CONSTANCIO C. VIGIL
PARA LOS NIÑOS

MARTAY JORGE Libro de amena y variada lectura destinado a orientar la mentalidad y los sentimientos infantiles.

MANGOCHO Es el relato de la vida infantil del autor, que con naturalidad y sencillez se identifica con los demás niños.

¡U P A! Libro para aprender a leer.

VIDA ESPIRITUAL Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomitos).

CUENTOS PARA LOS NIÑOS La Hormiguita Viajera, Misia Pepa, El Manchado, El Mono Relojero, Lo Más Inútil del Mundo, El Pirincho Enfermo, Los Escarabajos y la Moneda de Oro, El Imán de Teodorico, El Casamiento de Comadreja, El Sapo Huevero, El Pájaro Ratón, El León Ciego, Aventuras de un Botón, Cabeza de Fierro, La Cueva Misteriosa, Los Conejos Silvestres, Los Enanitos Jardineros y otros muchos cuentos más en diversas ediciones.

Pedidos por mayor a
CASA ATLANTIDA — FLORIDA 643 — BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INV. 50494

9. 10. 86.



EDITORIAL
Atlántida